

Miguel Díaz Sánchez

Fronteras de papel: Franquismo y migración interior en la posguerra española (1939-1975)

València, Publicacions de la Universitat de València, 2024, 270 pp.

El libro aborda un tema con un gran componente histórico, pero también de actualidad: los movimientos poblacionales entre los diferentes territorios de un país. Las investigaciones sobre las migraciones interiores en nuestra historiografía han permanecido ensombrecidas por los estudios en torno a los grandes éxodos migratorios internacionales que España experimentó en los siglos XIX y XX, si bien en las últimas décadas se han producido interesantes contribuciones en este ámbito, sobre todo para el primer tercio del siglo XX. No cabe duda de que los movimientos interiores resultan claves para entender las dinámicas políticas, sociales y económicas de un país. Solo hay que pensar en el debate generado hoy en España en torno al despoblamiento de territorios rurales y sus consecuencias sociales, económicas, políticas y ecológicas. A este respecto cabe recordar cómo

este verano hemos sufrido una oleada de terribles incendios que invitan a reflexionar sobre estos aspectos y exigen tomar medidas de manera urgente.

«Fronteras de papel» es el ingenioso título del libro objeto de reseña que nos invita a volver al complejo periodo de la posguerra española para analizar «el franquismo y la migración interior». En particular, su autor, Miguel Díaz Sánchez se propone analizar los desplazamientos migratorios en España después de la guerra civil española, considerando el periodo de posguerra en sentido amplio entre 1939 y 1957. Y con este fin, asume tres hipótesis de partida que pretende testar en su investigación. Primera, asume que los desplazamientos migratorios en los años posteriores a la guerra civil fueron importantes desde el punto de vista cuantitativo. Segunda, asume que estos movimientos respondieron a causas diversas de índole

económica, política y social. Tercera, asume que el régimen franquista debió desarrollar mecánicas represivas para poner coto a estos movimientos por dos razones fundamentales. De un lado, los desplazamientos incontrolados podían poner en grave peligro la retórica agrarista. De otro, el control de la población representó una de las medidas clásicas de represión social y política. Como lectora interesada en el periodo y en el tema, este planteamiento inicial me parece sugerente y valiente. Lo primero, porque cuestiona la tesis tradicional de ruralización en la España de posguerra muy repetida en la historiografía y propone revocarla. Aquí resulta clave la Orden Circular emitida en septiembre de 1939 (con recordatorios posteriores) que estableció directrices claras para dificultar los desplazamientos de la población hacia grandes ciudades y centros industriales. Lo segundo, porque considera la etapa de posguerra en sentido amplio, es decir, hasta el año 1957, una decisión que comparto. Aunque la década de 1950 no fue un calco de la precedente, como es lógico, sí mantuvo rasgos básicos en el *modus operandi* de las políticas económicas y sociales. La mayor parte de los años 1950 fueron una penuria para gran parte de la población, por mucho que hubieran mejorado las variables macroeconómicas respecto a la década anterior. Podemos poner grado a la penuria, mayor en la década de 1940, pero no dejó de ser un drama en términos de condiciones de vida lo ocurrido en los años siguientes. El momento crítico vivido por la economía española en 1956 dio lugar al inicio de la gestación de un

plan de estabilización a través del Fondo Monetario Internacional durante 1957, antes incluso de que los denominados tecnócratas llegaran al gobierno, como recoge la investigación de Elena Cavalieri (2014). La hoja de ruta de este plan delineaba un punto de inflexión en la política económica a partir de ese momento, aunque dentro de una dictadura, con todo lo que esto implicaba. Por todo ello, 1957 resulta un año clave para cerrar esta etapa de posguerra, tal y como propone el autor. Además, el planteamiento que hace Miguel Díaz es valiente porque abre la puerta al análisis multicausal, lo que implica considerables dificultades en el abordaje del estudio, pero resulta mucho más honesto y creíble con la compleja realidad.

A partir de la introducción, donde se ofrece una exhaustiva revisión de la literatura y se plantean las tesis antes comentadas, el autor propone cuatro capítulos que recogen las estrategias clave que utilizó la dictadura para controlar los movimientos interiores de la población (sobre todo hacia las grandes ciudades) en la España de posguerra: pasaportes internos o salvoconductos para cualquier desplazamiento, acceso a las cartillas de racionamiento con acreditación de residencia, obligatoriedad de la cartilla profesional para poder trabajar o el difícil acceso a la vivienda. Es decir, el control se sustentó en aprobar un corpus legislativo que burocratizó los movimientos de las personas dentro del territorio y condicionó su acceso a tres recursos básicos para la supervivencia: alimentos, trabajo y vivienda. El clima de represión y miedo hizo el resto.

Como lectora ya inmersa en la trama propuesta, surgen aquí muchas cuestiones en cascada. Propongo algunas en este párrafo: ¿es posible poner puertas al campo en un contexto de hambre y miseria colectiva? Dentro de este marco, ¿es realista identificar a cada migrante con un prófugo, disidente o persona escapada por motivos políticos? ¿Cómo es posible abordar esta cuestión? Al hilo de esta idea, una dictadura que sometió a la población a una política de represión y represalias ¿no estimuló en el fondo que muchas personas atemorizadas en su ámbito local de procedencia huyesen a las grandes ciudades aun sin papeles para perderse entre las masas? Si la dictadura pretendió frenar los movimientos internos de población ¿qué estímulos ofreció para evitarlos, al margen del miedo? Relacionado con este aspecto, contamos con algunos estudios recientes que desmontan los mitos de los pueblos de colonización, con apenas 300 poblaciones de pequeños agricultores y una minoría de tierras afectadas que fueron una bicoca para los terratenientes (Cazorla, 2024). Por otro lado, ¿es posible que en la práctica la mayoría de las restricciones legales impuestas por la dictadura a los desplazamientos de población quedasen en papel mojado y pretendiesen actuar solo como elemento disuasorio? Soy consciente de que todas estas cuestiones suponen exigir demasiado a una investigación, pero ya avanzo que el libro no defrauda.

El primer desafío que aborda el autor se refiere a asumir a todo migrante como fruto de una migración forzada dado el trasfondo político y económico de la pos-

guerra. De este modo se considera que la decisión de emigrar en este contexto se convirtió en un acto de confrontación sin armas con el Estado y su legislación. Por esto, resulta muy complejo separar las vicisitudes económicas que sufría la población y la impulsaban a migrar con el potente trasfondo político. Es decir, el planteamiento de fondo sería: «a pesar de todo, emigramos». Y esta estrategia de análisis resulta muy adecuada porque, al final, en cada capítulo, resulta más claro que el trasfondo económico y político son dos caras de una misma moneda. Así, *a priori*, el Estado impone control de las migraciones a través del hambre, influyendo en la dinámica migratoria a través de los procedimientos para acceder al racionamiento básico y así dificultar el asentamiento de personas migrantes en la ciudad. Pero al final la incapacidad del Estado para cubrir necesidades básicas de la población le forzó a tolerar el estraperlo de baja intensidad o el número de personas asignadas a las cartillas de racionamiento como vía para mantener una cierta estabilización económica y paz social. En el caso del control dentro del mercado de trabajo ocurrió algo similar, la dictadura tuvo que ofrecer cierta permisividad para evitar inestabilidades que pusieran en peligro su propia supervivencia. Es más, la forma en la que la dictadura gestionó las migraciones interiores condujo a la marginalidad a muchos migrantes, que acabaron cayendo en la indigencia. La mendicidad fue utilizada como un mecanismo de justificación de las deportaciones a sus localidades de origen por constituir una

«amenaza». El capítulo dedicado al ámbito de la vivienda aporta más evidencias de estas cuestiones. Así, el chabolismo es una prueba de que la migración existió, de que muchos migrantes se vieron empujados a la marginalidad y de que las condiciones de vida eran penosas, pues muchos prefirieron la chabola en el extrarradio de la ciudad que retornar a la miseria en sus lugares de origen.

Todo lo dicho no significa que no hubiera persecuciones, castigos y deportaciones, los hubo, como queda reflejado y cuantificado en el libro. En el último capítulo del libro se recogen tres cuestiones relacionadas con este aspecto a través de dos estudios de caso: Madrid y Barcelona. Primero, se aborda el estudio de los diferentes mecanismos que utilizó la dictadura para reintegrar a los migrantes en sus localidades de origen, desde evacuaciones hasta control de albergues y el pago del billete de «caridad» hacia su lugar de origen con escolta. Segundo, la dictadura transfirió a las autoridades provinciales y municipales esta labor, pero no las dotó de capacidad presupuestaria para afrontar estos gastos, lo que resultó insostenible. Tercero, se pone en evidencia que las evacuaciones forzosas a sus lugares de origen afectaron sobre todo a los migrantes que no habían logrado prosperar en un contexto donde se propagó el discurso oficial que vinculaba la inmigración con la mendicidad. Este discurso no respondió a la realidad, pues como señala el autor, la mayoría de detenciones que se produjeron en Madrid durante estos años correspondieron a personas con derecho

a poder residir en la ciudad. Por tanto, las deportaciones y los discursos xenófobos trataron de actuar también como medidas disuasorias de las migraciones.

En conjunto, estamos ante una obra que aporta un estudio sobre las migraciones en la posguerra desde un enfoque novedoso y refrescante con un discurso bien escrito, bien razonado y sostenido en la consulta exhaustiva de fuentes inéditas cualitativas y cuantitativas. El autor establece unas claras hipótesis de partida y perfila los objetivos a perseguir, y cumple con todos ellos. El libro representa una importante aportación a la historiografía y resulta de obligada lectura para entender mejor nuestra larga posguerra civil y contar con herramientas para cuestionar la tesis de la ruralización en ese contexto tan ampliamente defendida durante décadas. Dicho esto, me gustaría comentar tres aspectos que se podrían mejorar. Primero, el autor utiliza con frecuencia el término «individuo» para referirse a las personas migrantes, sobre todo en la primera parte de la obra. Aunque es un término correcto y aceptado, contiene una connotación despectiva en su significado que, como lectora, me chirría en el discurso. Segundo, el estudio empieza a acabar la guerra civil, pero hay continuas referencias a las migraciones interiores en el periodo de preguerra, sobre todo en la introducción y el planteamiento del libro (el contexto bélico ya es otro marco completamente anómalo). En este sentido, se hubiera agradecido una reflexión final desde una perspectiva más amplia, esto es, ¿qué tendencias rompió o no rom-

pió en el ámbito de las migraciones interiores el golpe de estado y la posterior dictadura? Quizás este aspecto se podía haber incluido en las conclusiones finales. A este apartado se refiere mi tercera crítica, pues creo que las conclusiones no le hacen justicia al potente discurso del libro. El colofón final se centra en dos pilares: uno, la dictadura intervino en el proceso migratorio para revertir la dinámica modernizadora y urbanizadora que venía desplegándose en España desde mediados del siglo XIX; dos, la dictadura intentó cercenar los movimientos migratorios hacia centros urbanos e industriales, por motivaciones económicas, sociales y políticas. Sin embargo, como se evidencia en el libro, la dictadura permitió la emigración de aquellas personas que dispusieran de recursos suficientes para poder realizar un adecuado asentamiento y aplicó represión migratoria al resto –con diferente éxito– sin distinciones políticas. Estas ideas finales nos conducen a una pregunta clave: ¿por qué la dictadura decide continuar con el espíritu de la Orden emitida en 1939 de prohibir desplazamientos incontrolados? ¿Quizás porque es consciente de la penuria económica del país y de su incapacidad para cubrir necesidades básicas de la población –alimentación, trabajo, vivienda–? ¿Y porque, siendo consciente de esto, teme que los migrantes en situación de penuria económica se organicen y supongan una amenaza para la continuidad de la dictadura? O a lo mejor la explicación es más sencilla y la preocupación de la dictadura respondía más a una «cuestión estética y

de proyección internacional», esto es, la miseria en el campo «se ve menos» que en las ciudades. Son cuestiones que quizás se puedan abordar en futuras investigaciones y que no minusvaloran en absoluto la calidad de la obra reseñada.

Margarita Vilar-Rodríguez

0000-0001-9082-2734

Universidade da Coruña

REFERENCIAS

- CAVALIERI, Elena (2014). *España y el FMI: la integración de la economía española en el Sistema Monetario Internacional, 1943-1959*. Banco de España.
- CAZORLA, Antonio (2024). *Los pueblos de Franco. Mito e historia de la colonización agraria en España, 1939-1975*. Galaxia Gutenberg.

Teresa María Ortega López, Ana Cabana Iglesia, Laura Cabezas Vega & Silvia Canalejo Alonso (eds.)

Mujeres y agricultura en la política española del siglo xx

Madrid, Cátedra. Historia. Serie menor, 2024, 308 pp.

«**L**a historia de la agricultura se ha escrito en masculinos, pero en gran medida es una historia en femeninos» (Ortega López *et al.*, 2024: 17), tal y como nos muestran Teresa María Ortega, Ana Cabana, Laura Cabezas y Silvia Canalejo en su libro *Mujeres y agricultura en la política española del siglo xx*. Las autoras sitúan a la mujer en el centro de la historia agraria y rural del siglo xx y principios del siglo xxi; porque a pesar de estar en el año 2025, la contribución y multifuncionalidad de la mujer rural sigue sin recibir el reconocimiento que se merece especialmente en el plano social y económico. Este libro empieza a solventar de manera seria esta laguna en la literatura académica. Un gap que para ellas deriva de un complejo proceso histórico de construcción de identidades masculinas y femeninas que se ha ido desarrollando a lo largo del siglo xx.

A este vacío en la literatura se ha unido en los últimos años, como respuesta a la crisis económica y social, un resurgir «desde abajo» de una clase subalterna de mujeres rurales y ocupadas en la agricultura que parecen haber roto de manera definitiva el silencio y han alzado su voz en defensa de sus derechos. Este renacer se enmarca en otros procesos internacionales sobre la reivindicación de esa igualdad entre hombres y mujeres y se relaciona directamente con las transformaciones

legales de igualdad implementadas durante la transición española que, sin embargo, en términos prácticos no consiguieron alterar de forma radical los problemas que enfrentaban las mujeres del medio rural. En particular, Ana Cabana describe en el capítulo 4 cómo los cambios normativos no lograron acabar con viejos y desfasados arquetipos de género fuertemente naturalizados en el imaginario colectivo y en las prácticas culturales.

Uno de los elementos más novedosos del libro es la naturaleza y heterogeneidad de las fuentes utilizadas y la relación que se establece entre ellas. Este uso de nuevas fuentes para el análisis de las representaciones de género y de las tareas femeninas permite recuperar la invisibilidad histórica de las mujeres del campo español. Pero al mismo tiempo, les permite a las autoras plantear y dar respuesta a nuevas preguntas para la historia agraria desde una perspectiva de género: ¿cómo sacar de la sombra lo que se arrincona y se deja allí como algo normal? ¿Cómo involucrarlas en la historia si las mujeres rurales nunca han tenido cabida en nuestro lenguaje y nuestra narrativa como protagonistas? ¿Cómo sacamos entonces a la luz esta realidad que no tiene cabida en las estadísticas, que no se refleja tal y como es realmente en ningún lado? ¿Cómo podemos contarla? (Ortega López *et al.*, 2024: 26). Para responder a todas esas preguntas las autoras

compilan y ponen en conversación fuentes de diversa índole: manuscritas e impresas, visuales, documentos estadísticos, memorias, libros, expedientes de asociaciones diversas e instituciones asistencialistas o benéficas, informaciones fiscales y de las administraciones central y local, imágenes, documentales y fotografías. También se basan en legislación y un amplio abanico de publicaciones como informes, artículos, folletos, prensa y literatura de la época. Una extensísima pluralidad de fuentes que les permite establecer, a lo largo de los cuatro capítulos y períodos analizados, relaciones entre lo estructural y lo coyuntural, entre lo público y lo privado, entre el discurso teórico y la praxis, entre los datos oficiales y la realidad cotidiana en la que vivían estas mujeres rurales de la España del siglo xx.

Esta amplia amalgama de fuentes documentales sirve para reconstruir las representaciones sociales y los trabajos e identidades concebidos como propios de las mujeres rurales españolas a lo largo del siglo xx y principios del siglo xxi. Todos ellos diseñados por un Estado que pasa del intervencionismo (1936), el dirigismo y la autarquía (1936-1959) al desarrollismo (1959-1975) y la democracia (1978) imponiendo políticas de crecimiento económico y modernización agraria desde una matriz de pensamiento patriarcal tal y como describen las autoras en los diferentes capítulos.

En el capítulo 1, Teresa María Ortega nos presenta al Estado interventor y la implantación del género en la agricultura tras la crisis agraria finisecular dada

la modernización de la agricultura y las transformaciones políticas y convulsiones sociales acaecidas en la España rural del primer tercio del siglo xx. El capítulo nos muestra el impacto del nuevo modelo sobre las mujeres, dirigido por el Estado a través del Ministerio de Agricultura creado en 1900 que, desde su creación, comenzó a sembrar un discurso implantado «desde arriba» por los tecnólogos, burócratas, economistas y agrónomos del Ministerio para hacer frente a los nuevos retos derivados del agotamiento del modelo extensivo de crecimiento agrario.

En el capítulo 2, Laura Cabezas Vega analiza al Estado dirigista y autárquico, que, con el objetivo de afianzar un nuevo orden social rural caracterizado por la ideología y los valores de los vencedores, concibió los planes de colonización como moldeadores de nuevos agricultores y agricultoras. Dentro de estos planes de colonización, el diseño de un nuevo arquetipo de mujer rural, «la colona», era el proyecto prioritario para las autoridades del régimen. Como resultado de la puesta en marcha del modelo extensionista «americano» de desarrollo en el mundo rural europeo y español, se crea el servicio de Extensión Agraria. Dentro de ese paradigma de modernidad se abren espacios diferenciados y diseñados para las mujeres rurales como Ayudantes y Agentes de Economía Doméstica y sus programas de capacitación específicos que tratan de naturalizar su doble función: «excelentes amas de casa y perfectos complementos del varón que dirige la explotación agropecuaria». En el capítulo 3, Silvia Canalejo Alonso nos

lleva hasta el Estado dirigista y desarrollista y el rol ocupado por el género en el extensionismo agrario. Analiza de manera pormenorizada la creación de las figuras de Ayudante y Agente de Economía Doméstica asociadas a un programa de capacitación, su implementación y logros.

Por último, en el capítulo 4, Ana Cabana Iglesia cierra el libro con la presentación del Estado democrático, analizando el período de 1978 hasta 2011, año en el que se promulga la Ley de Titularidad Compartida. La autora fija su mirada en la interacción entre el Ministerio de Agricultura y las mujeres rurales una vez que con el triunfo de la democracia vieron sus derechos reconocidos desde el punto de vista teórico. La acción del Ministerio y sus políticas durante este período estuvieron claramente influenciadas por organismos internacionales y europeos. Pero durante este período y «desde abajo» las propias mujeres del campo crearon nuevos y ricos espacios para la reivindicación. Y esta es precisamente la gran novedad, tras un siglo de vigencia del Ministerio, por fin las mujeres se han convertido en interlocutoras prácticas.

Mujeres y agricultura nos ofrece un repaso y un viaje novedoso por la historia social y política pero también agraria y rural de la España del siglo xx llegando a una conclusión principal en lo que se refiere a las representaciones y los roles asignados a las mujeres del mundo rural: las continuidades se impusieron a los cambios. El objetivo primordial de las políticas y propuestas educativas era evitar la despoblación del campo y garantizar el bien-

estar social y la producción agropecuaria familiar como la base de la economía nacional. Pero ¿ha cambiado este mensaje a lo largo del tiempo? Y ¿qué papel han jugado las agendas internacionales y europeas desde la llegada de la democracia para impulsar el rol de las mujeres campesinas como jefas de las explotaciones o dirigentes de las principales organizaciones agrarias? Todas ellas han dado un impulso necesario, pero no suficiente, como muestra Ana Cabana en el capítulo que cierra el libro.

En definitiva, y junto con «Haberlas, haylas», este libro representa una semilla adicional de la que pueda brotar un necesario y valioso debate sobre las iniciativas que hay en el nuevo mundo rural, más multifuncional y diverso, que son en muchos casos obra de mujeres (Martín Alonso, 2021) o de movimientos sociales de mujeres que entienden el campo, el acceso a la tierra y la producción sostenible como su medio de vida o una opción de trabajo alternativa. Sin embargo, y precisamente por ser uno de los primeros esfuerzos rigurosos que trata de vincular el tipo de Estado, las políticas agrarias y la realidad de la mujer campesina y rural, se presentan a continuación algunas observaciones e ideas que las autoras podrían considerar para enriquecer futuras investigaciones o enlazar sus trabajos con debates académicos y sociales más amplios.

El título *Mujeres y agricultura en la política española del siglo xx* alude exclusivamente a ese siglo, pero, sin embargo, Ana Cabana hace un intento muy documentado y excelente por darnos una visión

multidisciplinar y muy actualizada de ese binomio. La obra, de manera justificada, llega hasta 2011, año de la promulgación de la ley de propiedades de titularidad compartida, pero tal y como muestra Ana Cabana desde esa fecha y hasta la actualidad han surgido muchos espacios (sociales, políticos, literarios y cinematográficos, entre otros) para las mujeres rurales tanto «desde abajo» como vinculados a movimientos campesinos transnacionales como la Vía Campesina; también desde las instituciones y asociaciones de mujeres rurales. En este sentido, el lector espera un capítulo final más actualizado sobre el impacto de todas estas cuestiones en el diseño de la política agraria desde 2011 y hasta 2022-2023, teniendo en cuenta que la pandemia de COVID-19 también supuso un resurgir de los circuitos cortos de producción y consumo en los que las mujeres han estado muy representadas.

Por otro lado, el papel del Estado y su rol cambiante pero conservador a la hora de considerar a la mujer en las políticas agrarias podría ponerse en conversación con otras literaturas y autores. Por ejemplo, la crítica de James Scott (1998) al desarrollismo impulsado por el Estado y su limitada eficacia en términos de aplicación de políticas sostiene que las intervenciones estatales «altamente modernistas» y bienintencionadas impulsaron modelos únicos para todos. Las incursiones desarrollistas fracasaban con frecuencia porque ignoraban lo que Scott define como «metis»: las realidades locales y los conocimientos tradicionales de la población local y los campesinos; algo

que parece empezar a considerarse en lo que a la mujer rural española respecta, a principios del siglo XXI. La *metis* da lugar a una tensión básica y creativa en cuanto a las posibilidades de acción del Estado, en este caso en apoyo de la mujer campesina, y, por otro lado, es algo que empezamos a ver a principios del siglo XXI con ese rol de las nuevas mujeres y asociaciones de mujeres agrarias y rurales. Ciertas ideas de la teoría del Estado, como las de Poulantzas (1978) y Jessop (1991), muestran que el Estado debe entenderse como un ámbito de relaciones complejas y estratégicas entre las esferas política y social, mientras que las tensiones creativas entre los movimientos sociales y el poder estatal pueden conducir a reformas y cambios sociales sustanciales. Profundizar en estas ideas dentro del capítulo final o en futuras investigaciones nos ayudaría a comprender mejor, conversando con la economía política agraria, el rol del Estado y de las mujeres rurales en la España del siglo XXI.

Elisa Botella Rodríguez

0000-0001-9604-4822

Departamento de Economía e Historia
Económica e Instituto de Iberoamérica,
Universidad de Salamanca

REFERENCIAS

- JESSOP, Bob (1991). *State Theory: Putting the Capitalist State in Its Place*. Pennsylvania State University Press.
- MARTÍN ALONSO, Miguel (2021). El colectivo Reinas del Campo reivindica el talento femenino y la sororidad en la agricultura. *efeminista*.

<https://efeminista.com/reinas-del-campo-sororidad-agricultura/>

POULANTZAS, Nicos (1978). *State, Power, Socialism*. Verso.

SCOTT, James C. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. Yale University Press.

Marco Bertilorenzi, Carlo Fumian & Giovanni Gozzini (eds.)
A History of the Global Wheat Trade: Actors and Dynamics (1840-1914)

London and New York, Routledge, 2025, 256 pp.

Wheat was the second most important primary product by share of world trade during the ‘first globalization’. This book brings together an impressive ensemble of contributors to shed light on how traders adapted and innovated to make the growth of global wheat markets possible. While the macro aspects of the picture have been the subject of several studies in recent years and its contours are becoming increasingly clear, this book brings to the table a wealth of new primary evidence detailing how wheat commerce functioned (or did not) on the ground. The book is based on a research project funded by an Italian institution and led by an Italian scholar. Its national origins are only partly reflected in the material covered, however, and the volume has a genuine global history feel to it. The focus is on how actors made use of, and contributed to the spread of evolving technologies, following the typical business history approach. However, this micro-focus is complemented by a valuable political economy angle, with contributors paying due attention to how policies shaped the development of markets,

as well as to the distribution of the spoils generated by the growth of global markets.

A short introduction setting out the context and objectives of the book is followed by five sections, offering a systematic coverage of the topic, from various angles. Section I covers the wheat trade in the early modern era, before the ‘first globalization’. While this temporal focus sets the section apart from the rest of the book, it offers valuable insights into the political economy of pre-industrial trade. Vianello addresses a dearth of research on the grain trade from the perspective of the Renaissance merchant. His analysis of notarial evidence on two late 16th-century grain traders in the Republic of Venice highlights the complexity of the commercial landscape of the time. Strategies of specialisation differed across merchants and over time, as, for instance, famines offered greater opportunities for profit from the grain trade than in regular times. Gullino looks at interactions between the public body in charge of securing wheat supplies in Genoa and private merchants. In so doing, he highlights how the great famine of 1590-92 was a watershed, which

stimulated the development of pan-European commercial networks. Ongaro argues that more interventionist victualling policies in Bologna than in Padua during the 18th century implied that the local wheat market was more efficient: prices were less volatile and adjusted more quickly after a shock. Andreoni focuses on Italian learned debates on grain policies in the decades around 1800. His analysis highlights surprising continuities, alongside more expected ruptures, between pre-industrial victualling and industrial liberal policies.

Section II is concerned with how the United States became a global leader in wheat production and export. Fumian emphasizes the key role of organizational innovations, like the emergence of grain grading systems and the rise of big business, in enabling the growth of American wheat exports. Gozzini focuses on the development of a market in wheat futures contracts at the Chicago Board of Trade during the second half of the 19th century. He argues that most of the benefits from such developments accrued to grain dealers rather than producers, paving the way for populist resentment. Bertilorenzi compares the New York Produce Exchange with similar organizations in Paris and London highlighting heterogeneity and complexity, rather than simple hierarchies between American and European financial technologies. Thus, New York developed standardized grading and futures contracts, but the European exchanges adopted option clauses and established clearing houses.

Section III examines three leading ports. Starting with Odessa, Cadioli maps its meteoric rise and eventual decline, stressing how the port thrived on ethnic pluralism and suffered from the assertion of fin-de-siècle exclusionary identities. Segreto examines the remarkable resilience and eventual decline of Danzig as a major hub of international grain trade during the previously neglected 'long 19th century', emphasizing the role of transport policies in determining its fate. Doria considers how Genoa exploited the opportunities opened up by steam transport technologies and the development of global grain supply chains in a way that favoured big businesses at the expense of small ship owners and dockers.

Section IV expands the gaze also beyond North America and Europe. Its focus is on strategies employed by wheat producers and traders to reach consumers in faraway lands. Harlaftis and Papadopoulou return to the theme of ethnic networks, by looking at the role of Greek entrepreneurs in the Black Sea grain trade. They highlight how, because of a shortage of local capitalists, exports towards Europe and the Ottoman Empire were dominated by family companies owned by Greek and other newly settled diaspora communities. Shanahan considers another major global wheat exporter: Australia. He highlights how Australia's comparative advantage in wheat production was an acquired rather than natural trait: it only emerged after protracted failures on the part of European migrant farmers to comprehend the local ecology and

thanks to government-sponsored efforts to develop and spread new suitable farming technologies. Roy looks at India and focuses on a puzzle: why did India respond to increased domestic demand after World War I by decreasing exports rather than increasing supply? Roy's answer lies with the ecological constraints implied by India's tropical monsoon climate, which were eased only later, with the large infrastructural investments of the Green Revolution of the 1970s and 1980s.

The final Section zooms on the rise of global firms. Ceva considers the leading Argentinian wheat exporter B&B. In her interpretation, the company thrived by exploiting new financial, as well as transport and information, technologies. The connections built by B&B implied that local prices became responsive to global economic conditions. Chatriot tells the previously little-known story of the Louis-Dreyfus Alsatian family, who in the space of two generations went from being local wheat traders to becoming global wheat importers, with interests also in banking and shipping. Two themes of the book resonate in his account. On the one hand, it is by mastering new industrial information and transport technologies that the Louis-Dreyfus company made headway into the lucrative market of Russian wheat exports to France. On the other hand, their ethnic positioning was also a crucial determinant of their trajectory: the eventual decline of the family business was fundamentally coloured by the dark shades of rising antisemitism. In the final chapter of the collection, the one

by Ajani and Covino, the book returns to Italy. In this contribution, the authors consider family firms importing wheat in three major ports, Genoa, Venice and Leghorn. The focus of their analysis is on gaining insights into why Italian wheat traders did not play a more predominant role during the first globalization. Much of the blame ends up falling on deficient public investments in the merchant fleet.

This collection offers a very rich overview of the globalization of wheat trade, spanning centuries and continents, drawing on an impressive range of primary sources. It sheds light on how geographical and institutional frictions fundamentally shaped the growth of global markets, demanding new solutions, ingenuity and entrepreneurship to overcome them, and, at times, implying reversals of the process. The state, alongside the entrepreneurs, emerges as a crucial actor, whose policies, for better or for ill, gave direction and pace to the globalization process. Quite clearly global markets were anything but natural; on the contrary, they required conscious and concerted efforts from state and private actors. On questions of distribution of the gains there is one recurrent answer: traders, particularly the big ones, rather than producers, are seen by various contributors as the main winners of the globalization game. In short, there is much to be liked about this book: it promises to tackle big questions and yields clear answers, grounded in painstaking recovery of new evidence.

All the same, I would have liked to see a more head-on engagement with emer-

ging puzzles and questions from recent quantitative research on globalization macro-trends, as well as use of microeconomic methods. It is an ironic twist that more attention has been paid to recent cliometric contributions in the chapters on the data scarcer pre-industrial centuries than in the rest of the book. In particular, I single out three questions with which I would have liked to see more engagement. Firstly, was increased wheat market integration in pre-industrial times a specifically European phenomenon and if so, why? Secondly, what made it possible for the rate of growth of global wheat markets to be faster before rather than after the spread of industrial communication and transport technologies from c. 1870? Thirdly, how important was globalization for inequality between and within wheat producing and consuming countries? Related to the last question, particularly in the light of the subject matter, an important lesson of global history not

always fully considered by the contributors is that it is desirable to pay systematic attention to global interactions, rather than more or less narrowly focus on specific countries. This neglect is particularly evident in the analyses of distribution, which are strongly focused on domestic institution and dynamics. Moreover, despite the attention rightly accorded to questions of distributions, which naturally lend themselves to be analysed with the tools of welfare microeconomic analysis, the opportunity to engage with the literature employing such an approach has been neglected. These remarks should not however detract from the quality of the work. Historians of globalization will no doubt benefit from, and be inspired by, this book for years to come.

David Chilosi

0000-0002-2251-0381

Department of Political Economy, King's
College London

William J. Glover

Reformatting Agrarian Life. Urban History from the Countryside in Colonial India

Stanford, Stanford University Press, 2025, 290 pp.

British colonial administrators in India (1858–1947) repeatedly grappled with how to conceptualize the Indian village. Their reliance on the village was profound: until the interwar years, land revenue from village holdings accounted for a substantial share of the state's income (50 per cent in the 1860s,

and 20 per cent in the 1920s). At the height of Britain's industrial expansion, India became a crucial supplier of raw cotton for Manchester's mills, while its wheat fed bakeries across the Western world. A rapidly expanding railway and telegraph network knit regional markets together. Again, the commodities moving

through internal transportation links were overwhelmingly agricultural.

On the other hand, despite constant talk of “reviving” the village, the state never produced effective policies to raise agricultural yields or improve rural living standards. Only a few areas with successful canal projects saw real gains. The countryside in southern India witnessed devastating famines in the late nineteenth century. Even as India entered global markets, basic production conditions – dependence on the monsoon, low inputs, rough tillage, and subsistence farming – changed little. Before 1920, most growth came from bringing more land under cultivation, helped by canal irrigation, while crop yields likely fell. But if the colonial state did little to transform rural life, it did spur industrialisation in port cities by linking India to British capital, skills, and technology. In the interwar years, Indian nationalists noticed this stark rural–urban divide, especially after M.K. Gandhi broadened the movement with mass support and highlighted peasant poverty as evidence of a failing state.

The pattern of economic change profoundly influenced how intellectuals in India or abroad diagnosed the country’s problems and imagined their solutions. Political administrators were similarly engaged with these questions. Two ideas anchored this project: first, that the roots of India’s poverty and the key to its future lay in the village; and second, that the village embodied a stable, agriculturally based culture distinct from the more fluid and heterogeneous culture of the city.

Not everyone worked within this binary. Some noticed problems with it. One difficulty was tropical-monsoon seasonality. “The rural” was neither inherently nor exclusively agricultural. Sharp monsoonal rhythms shaped life in the countryside. The peak agricultural season was short because most agriculture was rainfed. For four to six months each year, when tropical aridity prevailed, the lack of work near home pushed large numbers of rural people into towns, where they worked in construction, brickmaking, and other urban trades. A second difficulty was that while the rural area was a field of production, the services that sustained production – banking, trade, toolmaking and repair, or artisanal goods the villagers consumed – were based in small towns, usually with connection to the rail network. Intellectual debates on development that took space seriously never coalesced into a single paradigm. Instead, they oscillated between framing space through a rural–urban divide and imagining it as an integrated regional whole.

Reformatting Agrarian Life starts from this tension and, through a series of examples, shows how the colonial state tried to bridge the divide. The book centres on three interrelated themes. First, it explores the dynamic relationship between rural and urban spaces in India, challenging conventional boundaries between the two. Second, it examines how the colonial state sought to reshape the landscape through tools of governance: measurement, data collection, legal frameworks, and administrative regulation. Third, it investiga-

tes the “spatial order,” a guiding vision of space that underpins these interventions and makes the rural and the urban legible categories. Although the examples engage with domains that others have studied, the book’s project is genuinely innovative.

Chapters 1 and 2 are about the one very large region where canals taken from Himalayan rivers transformed millions of acres of pastureland into a zone of intensive cultivation. Of all regions in India, Punjab was exceptional in many ways. It was a borderland and demanded special regard from a defence perspective. Although rain-deficient, it had Himalayan rivers fed by snowmelt (and therefore perennial, unlike most rivers in India). During the Great Rebellion or Mutiny of 1857-8, Punjab remained relatively peaceful and later became a recruiting ground for soldiers. These factors led the colonial administration to view the region with marked strategic interest. Punjab administrators insisted on some degree of legislative autonomy for the province. The extensive investment in canals reflected that appraisal, and the fact that Punjab had the geographical resources suitable for canals. Effectively, Punjab was the only large region in India to beat monsoon seasonality, drawing in people and money to the land rather than sending people away in the off-season.

The five main chapters show how, in the wake of the emergence of canal colonies and the urbanism built around them, British officials sought to impose uniform control over Punjab’s agrarian landscape. Chapter 1 situates this story

within late nineteenth-century famine relief discourses. After the 1880 Famine Commission, officials increasingly pushed aside locally rooted practices and built a centralized, data-driven administrative system. Their interventions tied villages into wider circuits of movement and exchange, linking them more closely to market towns. They treated markets and trade as instruments for preventing famine. To support this shift, they expanded the bureaucracy, most notably by establishing the Department of Agriculture, to gather information that would align rural production more closely with market activity and revenue extraction. Chapter 2 examines the canal colonies of western Punjab (1892–1930) and shows how the state sought to engineer property, social relations, and urban order through spatial design. Through these two studies, the book shows how urbanism came to the Punjab countryside.

Chapter 3 examines how education and research – activities rooted in urban institutions – addressed rural livelihoods in Punjab. Even though over three-quarters of Indians lived in villages during the interwar years, schooling remained concentrated in towns and cities, reflected in the stark 1931 literacy rates of 22 per cent in urban areas and 6 per cent in rural ones. Provincial politicians and administrators, especially after the emergence of legislative autonomy between 1919 and 1935, worried about this divide and looked for ways to adapt urban curricula to the practical needs of the countryside and to make the rural school curricula

less burdened by content deemed unnecessary for a farmer's children to learn. In the background, the Punjab miracle was dying as land ran out, the canal drive faded, and unemployment rose rapidly. Rather than producing significant outcomes on educational attainment, the discourse brought the urban and the rural closer together or reinforced a spatial order unique to Punjab.

Chapter 4 is about efforts to reshape village life in Punjab through "village uplift" and "rural reconstruction" programmes. These initiatives combined agricultural reform, financial restructuring, and administrative changes, transplanting urban institutional models into rural settings. They also had aesthetic dimensions, showing what was valuable in rural settings. The moral tone persisted into independent India, in the Community Development programmes that became the cornerstone of rural development for about 15 years after 1947, before the global wave of the Green Revolution took over the Indian countryside, Punjab again leading the movement. Chapter 5 shows that earlier discourses on rural reform shaped the Community Development initiatives and added a spatial order to them.

Glover poses an interesting set of questions for historians of South Asia and the British Empire: How were ideas of "urban" and "rural" formed, how did they influence colonial interventions, and how did these experiences persist into nationalist development ideas? However, because his main example is Punjab, and

his focus is on the state, the answers may not apply broadly.

Although enormous in area if not population, the Punjab province was an exception at many levels, geographical, political, and economic, as I have said before. Spatial planning had a significant impact in Punjab because the entire agrarian order was a British Indian creation. A useful comparison is the Kaveri River delta, where canal projects similarly sparked debates among administrators and scholars about the meaning of the village. One of the earliest and most detailed "village studies" discussed in the book was conducted in Madras by the economist Gilbert Slater. Around the same time, the officer-cum-publicist A.C. Chatterton promoted borewells and chrome tanning and wrote extensively on what the village represented in regional development. Outside these few important cases, spatial thinking had little practical or ideological impact. In regions like the semi-arid Deccan, the forested central Indian uplands, the desert edge of western India, or the crowded Bengal Delta, hopes for rural reconstruction had to be modest. Geography ultimately constrained the ambitions of the state. This complex mix proved too difficult for any state – colonial or postcolonial – to manage, leading by the 1950s to a crude and largely ineffective substitute for spatial ordering: radical land reform.

In these regions, a study focused mainly on state archives offers limited insight. To explore urban-rural overlap, we need to look beyond the state and concentrate on capital and labour. Banking capital

was a key link between agriculture and commerce. Agricultural creditors lived in small towns because they diversified their portfolios, as any banker would. In Punjab, lively debates about bankers and peasants unfolded in the interwar period in the backdrop of the economic crisis, a topic Glover barely addresses. Seasonality adds another layer, drawing non-agricultural labour markets and part-time rural workers into regular, close interaction.

Glover's core question, how urban and rural worlds were connected in thought and action, remains valuable. Like many good books, the strength of *Reformatting Agrarian Life* lies in revealing what it leaves unexplored.

Tirthankar Roy

Professor of Economic History, London School
of Economics and Political Science

Harriet Cornell, Julian Goodare & Alan R. MacDonald (eds.)
Agriculture, Economy and Society in Early Modern Scotland
Woodbridge, Boydell, 2024, 308 pp.

It is often mentioned in discussions of early modern Scotland that around nine in ten Scots lived in the countryside. However, acknowledgement of this statistic has not been translated into anything approaching an equivalent level of attention in scholarship, especially in recent decades. Even in social and economic studies drawing on rural examples, the actual agricultural activity which shaped the daily existence of most Scots has rarely been at the forefront. This volume is a hugely welcome step towards addressing this gap.

As well as showcasing opportunities for research in this field via the varied individual chapters and approaches, the volume also offers a broader interpretive contribution by suggesting that the centuries before the 'Improvement' of the later eighteenth and nineteenth centuries should not be seen simply as an unchanging era of

stasis in Scottish agriculture. This is presented as a suggestive stimulus to further research rather than an overwhelming or editorially domineering thesis, and it is certainly not the focus of all the chapters. But it does serve to provide a helpful frame for renewed consideration of the subject, and is particularly explicit in the substantial editors' introduction. This includes a detailed account of the debates on the timing and pace of Improvement which dominated Scottish agricultural history from the 1970s to the 1990s (but which have since quietened). The editors suggest a middle course somewhere between evolutionary and revolutionary change, and suggest that the revolutionary period can have been preceded by 'a dynamic period before it' (p. 11). They suggest slow but significant changes in agriculture, with some particular innovations, during the period c. 1550–c.1750 which is the book's

main focus. Just as importantly, this part of the book offers an excellent literature review which is now the definitive starting-point for anyone seeking to understand the scholarship on early modern Scottish agriculture, supplemented by useful discussions of medieval studies and interdisciplinary contributions, and reinforced by a further historiographical synthesis in a conclusion by Rab Houston.

The individual chapters are highly varied, but collectively serve to demonstrate the rich potential for further research in the field, and to illustrate the value of placing agriculture fully in its social, political, and cultural contexts. The cultural approach is at its strongest in Julian Goodare's opening chapter, which explores wide-ranging representations of farming and its psychological and cultural meaning to a society in which everyone, as he emphasises, had some relationship with the land beyond the consumption of its products. This is organised into six types of discourse (moralising, metaphorical, mystical, renaissance, humorous, and economic), each of which surveys a fascinating compilation of source material. Particularly significant for the volume's interpretive contribution is the identification of a growth in economic discourses on farming, especially in the seventeenth century. Briony Kincaid's chapter on dykes also offers a refreshing perspective on farming practices via a very different focus, suggesting that we should pay close attention to the boundaries between fields as well as the fields themselves. In a systematic and well-researched study

of the years 1500-1700, Kincaid reveals the substantial body of evidence relating to the construction and maintenance of dykes, and disputes over them as well. While there were no major changes over the period, the chapter rightly suggests that more locally focused studies could enable a fuller sense of changes and continuities to emerge, and the chapter provides a model for how such research could proceed.

Kevin Hall's chapter on the famine of the early 1620s is a strong piece of research, and one which draws effectively on a much more holistic compilation of the available demographic data to bring out the full severity of the calamity, both via a national mortality estimate of c. 7%, or 64,000 deaths, and poignant local details. The agricultural element is perhaps less central to the argument than in some other chapters, but it is an important piece of research in its own right and provides a reminder of agriculture's central role in the lives and deaths of the 10% as well as the 90%. Both numerical data and the human dimension are also present in the following study. While Goodare's first chapter surveyed a wide range of cultural sources often from elite figures, his other contribution draws on a single very distinctive source, a narrative account by an unidentified priest who was also a peasant farmer, and therefore provided a relatively unusual combination of literacy and record-keeping with direct first-hand experience of farming. The information on aspects such as harvests, weather, prices and crops is hel-

fully gathered in an appendix, and is particularly valuable for its relatively early period for such matters (1554-1577), and non-Scots readers will appreciate the parallel translation.

Of course, between the national and the personal levels, individual estates offer a very useful level of case-study for agricultural history in this period. This is the focal point for the next two chapters. Norah Carlin provides an extremely detailed survey of a single landowner's holdings in Lothian at the end of the 1580s, drawing in particular on a testament which is detailed enough to resemble a rental in its utility. This enables a reconstruction of grain types, field patterns, and the local impact of inflation on tenants and landlords. It also provides an example of how much remains to be teased out, often intensively, from estate records in order to build up a fuller picture of agricultural patterns. The same is true of Alan MacDonald's chapter, which is more overtly engaged with the wider debate on the nature and timing of agricultural change. It focuses on Sir Walter Dundas (d. 1636), who emerges as an early seventeenth century 'improving' landlord who was not just closely engaged with farming on his estate as a hands-on steward, but pursuing 'innovation, perhaps even "improvement"' (pp. 154, 158). Examples include the use of lime, a high proportion of legumes, dykes and enclosures, and the marketing of cereals by his tenants. This all serves to offer a more direct potential revision to existing views, by suggesting that pio-

neering and improving landowners may be sought in the early part rather than just the final stages of the seventeenth century.

These estates were both in Scotland's prime agricultural heartland, close to Edinburgh, but Brian Smith's chapter takes us to Shetland, via a study of a revenue collector's travails in the mid seventeenth century. This offers a lively account of his negotiations, and contributes a more nuanced view than usual of the relationship between Shetlanders and stereotypically 'rapacious' incomers, although the chapter deals with agriculture primarily via discussion of the varied produce by which revenues were paid in kind. John Harrison's chapter returns to the mainland, albeit to land of more variable quality than in Carlin's and MacDonald's chapters, and also returns more directly to the central theme of agricultural change. Harrison argues that developments in the Stirling area between c. 1660 and c. 1750 amounted to change which was 'gradual and incremental', but which nonetheless formed the 'essential under-pinnings' of post-1750 transformations (pp. 178-9). This included direct farming practices such as the more widespread use of lime, infrastructural enhancements in rural industries, roads, and clearances of peat bog, and a wider atmosphere of 'improvement' (albeit with a lower-case 'i' and inverted commas in the original, pp. 182, 191). The chapter offers a rigorous and thoughtful approach, balancing the presence of new thinking with the absence of sufficient capital investment,

while also noting intriguingly that where people did not invest in new methods, this may have been a rational decision in their own terms.

The final three chapters focus on wider economic questions, albeit on different scales and via very different approaches. Christopher Smout's chapter revisits the Fiars prices, a vital and well-established source for Scottish agricultural and rural history without direct parallel elsewhere. The Fiars prices served to report (rather than to set or regulate) the market prices of grain, and by focusing on the nature and purpose of their production Smout provides a vital resource for scholars utilising them for a wide range of questions, while also making some important observations about their potential use for the study of clerical stipends. Gains Murdoch explores the relationship between banking and agriculture in the early eighteenth century, demonstrating the importance of the rural economy in the sector's priorities. While duly cautious about identifying a direct causal relationship, given the uncertainty on what particular funds were used for, it establishes that the banking sector was a key source of finance in agriculture, including via a willingness to extend credit even during harsh times. On the broadest scale of all, and acknowledging that agriculture is not its 'primary focus' (p. 238), Rossner's chapter argues for Scotland's significance as an early example of capitalistic development. Drawing on a model of the capitalist 'spirit' (e.g. p. 254) which can be applied to a much wider range

of economic activity and thought than is typically the case, he suggests that Scotland's early modern economic development, including but certainly not limited to its agriculture, could be a prime case-study for research on the long prehistory of modern capitalist development.

Overall, then, the volume's contents adopt a wide range of different approaches, and connect with the central theme of agriculture in different ways. Readers who are most interested in the wider argument on the nature and timing of agricultural change before Improvement may find themselves focusing especially closely on arguments like MacDonald's and Harrison's, but will also gain a great deal of context and inspiration from chapters like those of Kincaid, Carlin, Goodare, and Murdoch. Meanwhile, the volume's broader aim of providing a potential stimulus, and key materials, for a renewed research focus on a much-neglected field (rather than a finished set of judgements) has also been achieved across the full range of chapters. As well as making the case for agriculture's importance, not an insignificant point in its own right given the urban turn in twenty-first century early modern Scottish historiography, the volume provides both provocative and wide-ranging pieces that should influence how we think about farming both conceptually and methodologically, and detailed studies that provide models and case-studies for detailed local research. It is to be hoped that this further body of research does indeed follow. For anyo-

ne involved in it, this book will be the essential starting-point.

Dr John McCallum

University of Edinburgh

Daniel Muñoz Navarro

Vermis sericus. La sericultura y el negocio de la seda entre el reino de Valencia e Italia a comienzos de la Edad Moderna (c. 1550-1640)

Valladolid, Ediciones Universidad de Valladolid, 2024, 246 pp.

El libro nos sumerge en el mundo de la producción de la seda en el Mediterráneo, actividad económica de primer nivel en Europa, fundamentalmente durante las épocas Medieval y Moderna. Y su autor lo hace centrándose en la cría del gusano de seda –la sericultura– en el reino de Valencia y las ciudades italianas y, especialmente, dentro de ella, en el comercio de la «simiente de seda», es decir, los huevos fecundados de la polilla *Bombyx mori*, un producto prácticamente desconocido para la historiografía. No ha podido elegir un mejor lugar para publicar este texto que en la colección Cátedra Simón Ruiz de las Ediciones Universidad de Valladolid, plenamente volcada en la edición de estudios de corte comercial-fiscal desde su creación en la década pasada por el profesor Hilario Casado Alonso, y que con este libro alcanza ya su undécima monografía.

El autor, Daniel Muñoz Navarro, es profesor titular de Historia Moderna en la Universidad de Valencia y gran especialista en el comercio, la artesanía y el mun-

do agrario valenciano durante la Edad Moderna. Lleva varias décadas publicando textos científicos en torno a la cría, fabricación y comercio de la seda valenciana en este periodo. Al mismo tiempo ha realizado varias estancias de investigación en San Marino, Florencia y Génova, lo que le permite comparar las realidades italoespañolas.

Esa experiencia en la materia le hace conocedor de una gran cantidad de fuentes documentales tanto españolas como italianas, fragmentarias, incompletas, unas con un carácter más cualitativo, otras más cuantitativo, pero que se complementan entre ellas y su análisis el texto crece sólido y lleno de matices. Así, la documentación seriada aduanera-fiscal se complementa con la documentación privada de las compañías comerciales o los procesos judiciales. La lista de archivos a los que ha tenido acceso el autor es abrumadora. Destacan el Archivo del Reino de Valencia, archivos municipales de Alicante y Valencia, Archivio di Stato di Genova, Archivio di Stato di Firen-

ze, entre otros muchos archivos italianos (Milán, Como, etc.).

Todo ello le permite realizar un excepcional estudio comparado entre el reino de Valencia y las ciudades italianas con un marcado enfoque social que llena los flujos de mercancías y las redes comerciales de nombres de mercaderes y agentes genoveses y milaneses que los llevaron a cabo y sus estrategias comerciales.

La estructura del texto gira en torno a tres grandes capítulos, titulados «La sericicultura mediterránea y los mercados de la seda a comienzos de la Edad Moderna», «Avere in mano una fortuna?. El negocio de la simiente de seda en el Mediterraneo Occidental (c. 1550-1640)» y «Redes mercantiles e impacto económico de la simiente de seda valenciana en Italia (c. 1550-1640)».

En el primer capítulo encontramos un excelente estado de la cuestión sobre la sericicultura en Italia y España en la Edad Moderna. En él se abordan la expansión de la sericicultura en el Mediterraneo y se tratan la innovación técnica, la literatura especializada y los diferentes modelos de producción en Italia y España, que el autor define acertadamente como divergentes.

Efectivamente, Muñoz Navarro teoriza que la llegada de sedas crudas de oriente (Persia y China) fue poco a poco sustituida por una producción europea más fiable, regular y abundante. Desde el punto de vista tecnológico, los intentos de alcanzar la superioridad técnica china estimularon su desarrollo en Europa, especialmente en Piamonte a finales del siglo XVII.

En cuanto a los elementos clave de la cría del gusano, el autor encuentra diferencias entre España e Italia, si bien en la segunda las hay también entre el norte y el sur. Así, mientras que en Italia, Murcia y Valencia se extendió rápidamente como alimento para los gusanos de seda el uso de la morera (*Morus alba*) frente al clásico moral (*Morus nigra*), en otras regiones como Granada hubo ciertas resistencias al cambio. En cuanto a la selección de la simiente de seda, el norte de Italia optó por abastecerse en el mercado internacional, priorizando la superior simiente valenciana, mientras que en España se priorizó la simiente regional, llevada a cabo por criadores más tradicionales. Por último, la introducción del molino hidráulico de seda supuso para la Lombardía y el Piamonte italianos la hegemonía en la producción de hilo de seda en buena parte de la Edad Moderna.

Estas diferencias entre los dos territorios también se plasman en la literatura científica de la época en torno a la cría del gusano de seda. En Italia se imprimieron abundantes tratados sobre este tema. Destacan entre ellos *De bombyce de Vida* (1527) y, posteriormente, los tratados de Corsuccio (1581) y Gabriello (1588), o la notable producción iconográfica de Jan van de Straet. En España, Muñoz habla de un «eloquente silencio», pues solo se imprimieron dos obras: el *Thesaurus puerilis* de Onofre Pou (1575), siendo este un diccionario y no un tratado práctico, y el llamativo *Arte para criar seda* de Gonzalo de las Casas (1581), el único manual sericícola del siglo XVI, publicado en Granada

por un novohispano para fomentar la cría de la seda mixteca de allí. De todo esto el autor infiere que mientras que en Italia existía un interés intelectual por innovar y fomentar activamente la cría de la seda, en España los conocimientos se transmitieron oralmente, reflejando un ligero interés de las élites políticas y culturales más allá del tema fiscal.

Este capítulo termina con una síntesis de las divergencias en cuanto a la producción entre Italia y España. Así, el modelo italiano sería dinámico y modernizador, con una implicación de las autoridades que supieron ver la sericultura como un sector estratégico, con un esfuerzo constante para la mejora de todo el proceso, y un mercado orientado al comercio internacional. Por el contrario, el modelo español, más tradicional y poco innovador, con poco interés por parte de la Monarquía Hispánica por fomentar la sericultura y solo centrado en su potencial fiscal, donde el principal interés era abastecer de materia prima (hilo y simiente de seda) a otros mercados productivos.

En este último aspecto de la seda primordialmente como materia prima disentimos algo con el autor, ya que teoriza el modelo español, como es natural por sus investigaciones, a partir del modelo valenciano-murciano, frente a lo que posiblemente ocurrió en otras ciudades sederas castellanas con claro afán fabricante-exportador como pudieron ser Granada, Sevilla, Córdoba o Toledo, cuyos mercados principales se encontraban en las Indias (Nueva Granada y Perú y, en menor medida, Nueva España), Europa

Atlántica y el norte de África, hacia donde encaminaron sus telas de seda como los terciopelos, damascos, rasos y, sobre todo, los tafetanes. Sin embargo, esta percepción es una hipótesis personal de trabajo aún por investigar profundamente y por demostrar que tal vez se preste en el futuro un interesante debate historiográfico.

El segundo capítulo se focaliza en el principal objeto de estudio del libro: la simiente de los gusanos de seda, claramente una mercancía ideal, que aunaba un altísimo precio con un reducido volumen. El profesor Muñoz afirma que se trata de un elemento clave para el despegue de las sedas del norte de Italia en la Edad Moderna. Y solo pudo serlo por la especial configuración del Mediterráneo Occidental con unas excelentes comunicaciones entre el reino de Valencia (el puerto de Alicante) y los puertos de Livorno y Génova y su continuación con Milán, donde, pese a que la Monarquía Hispánica ostentaba un dominio político y militar, serían las élites comerciales y financieras italianas (especialmente de Génova y Milán) las que controlaban la economía, abasteciéndose de materias primas castellanas e indianas (lana, seda, azúcar, cueros de Indias y cochinilla) a cambio de productos manufacturados (papel, paños y telas, productos metálicos, etc.). Postulados muy en sintonía con los de mi tesis doctoral *Las Indias de Génova* (Girón Pascual, 2013) y una idea que ya adelantaron frenéticamente los economistas y arbitristas de la época.

¿Qué factores influyeron en el desarrollo y posterior declive del comercio

de la simiente de seda? El autor apunta a factores comerciales, fiscales, políticos y biológicos.

La simiente de seda, como hemos dicho, era el producto ideal para ser comercializado por su alto precio y su mínimo volumen, pero también una mercancía muy especulativa con un alto margen de beneficio. El valor en origen podría multiplicarse por seis, o incluso, por 17 en los lugares de venta, algo excepcional.

Dos elementos fiscales valencianos jugaron un papel clave en su comercio: el *nou impost de la seda* (1552), que, pese a gravar la exportación de la seda en bruto o torcida, no afectaba a la simiente, por lo que los productores y exportadores pudieron eludirlo; y la reforma fiscal de 1604, que, si bien suspendió el *nou impost* y creó uno nuevo específico de dos sueldos por onza de simiente, no llegó a impedir el comercio, ya que estaba en su apogeo.

Políticamente, como ya apuntamos antes, en las ciudades italianas se fomentó mucho la cría de la seda y el comercio de su simiente, tanto por parte de las autoridades de Lombardía y Piamonte como por miembros de las casas ducales italianas como la princesa Catalina Micaela de Austria en los territorios de los Saboya o la duquesa Cristina de Lorena en la Toscana.

En cuanto a los biológicos, se deben sobre todo a la alta calidad de la seda valenciana, puesto que, aunque contaba con gusanos más pequeños que los italianos, estos producían una seda más fina y delicada que los de Calabria y Sicilia.

Daniel Muñoz también estudia qué elementos contribuyeron al declive de este comercio a partir de 1620: el desarrollo de una simiente de alta calidad, más barata y accesible en Bolonia; la merma en la calidad de la simiente valenciana tras la expulsión de los moriscos, principales criadores de gusanos en la región; y, por último, la inestabilidad política y económica que llevó a la quiebra del sistema financiero hispano-genovés con el ascenso y sustitución del poder financiero por los mercaderes portugueses de la mano del conde-duque de Olivares.

En el tercer capítulo analiza desde un punto de vista cualitativo el impacto económico del comercio de la simiente de seda valenciana en Italia. Para ello utiliza registros fiscales de ambos territorios observando la evolución de las principales zonas de producción de la simiente de seda, las villas de Alzira y Xàtiva, y nos habla de la evolución temporal del tráfico a partir de 1552 con un apogeo entre 1590 y 1610 con una exportación anual de 100.000 onzas (tres toneladas) de simiente. Numerosas tablas y gráficas ilustran este capítulo.

Al mismo tiempo aflora el componente social y el autor trata de reconstruir las redes comerciales que crearon los mercaderes milaneses –especialmente los de Como– y genoveses. Por el texto aparecen los genoveses Sauli, Pinello, Balbi, Franquis; milaneses como los Odescalchi, Parravicini, Serravalle, Cernúsculo; o los florentinos Capponi.

El último epígrafe de este capítulo extrapola el impacto de la simiente de seda

en las producciones de seda de Lombardía y Piamonte, afirmando que entre el 80-85% de la producción de estas regiones tenía su origen en el «sème di seta» valenciano. El libro termina con unas conclusiones, anexos de equivalencias de pesos y medidas y la amplia bibliografía.

En definitiva, nos encontramos ante un trabajo riguroso e imprescindible no solo para estudiosos del mundo de la seda, la artesanía y el comercio entre la Monarquía Hispánica e Italia, sino para todo aquel aficionado a la Historia

Moderna o la Historia Económica para el periodo tratado.

Rafael M. Girón Pascual

0000-0003-1055-7729

Profesor Contratado Doctor de la Universidad de Córdoba

REFERENCIAS

GIRÓN PASCUAL, Rafael M. (2013). *Las Indias de Génova: mercaderes genoveses en el Reino de Granada durante la Edad Moderna*. Editorial Universidad de Granada.

Herbert S. Klein & Francisco Vidal Luna

Brazilian Crops in the Global Market. The Emergence of Brazil as a World Agribusiness Exporter since 1950

Palgrave-Macmillan, 2023, 468 pp.

La obra se inscribe en la prestigiosa serie de Palgrave de Estudios en Historia Económica, la cual aborda diversos tópicos del pasado y contribuye a la comprensión de procesos complejos. Este volumen es el segundo producido por los autores, Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, sobre la historia y el desarrollo de la agricultura brasileña. Sus investigaciones previas se centraron en los cambios del sector desde la segunda mitad del siglo xx, aportando una base sólida para el análisis presente: los resultados de la gran reconversión productiva que experimentó Brasil.

Organizado en catorce capítulos, el libro realiza un examen detallado de distintos productos, principalmente procedentes de la agricultura y de la ganade-

ría, que lograron acceder a los mercados foráneos, ejemplificando así la exitosa internacionalización que logró la producción agropecuaria brasileña en las últimas décadas. Al hacerlo, los autores abordan la emergencia del país como uno de los más grandes productores y exportadores mundiales de este tipo de artículos hacia fines del siglo xx. Actualmente, Brasil ocupa el quinto lugar mundial en población y extensión territorial, pero es el primero en extensión de tierra arable y el mayor exportador neto de alimentos. Este fenómeno constituye uno de los aspectos más relevantes de la historia moderna, especialmente considerando que, hasta mediados del siglo pasado, era un importador neto de materias primas y alimentos en los que

hoy lidera como productor y oferente a más de doscientos países.

La enorme transformación experimentada por el sector agropecuario brasileño es el punto de partida de los autores. Según sus estimaciones, a mediados del siglo xx la agricultura brasileña, escasamente modernizada, fue poco eficiente y tuvo un pobre rendimiento. Con latifundios de baja productividad, dos tercios de sus habitantes radicados en áreas rurales y una población económicamente activa concentrada en actividades agropecuarias, Brasil era prácticamente monoexportador, por cuanto más del 60% del valor total exportado se concentraba en el café, y necesitaba comprar en el exterior diversos bienes agropecuarios para abastecer su demanda doméstica.

Sin embargo, los autores muestran que este panorama comenzaría a cambiar entre las décadas de 1960 y 1980 al iniciarse un proceso de renovación del sector agropecuario, en el cual el Estado desempeñó un papel fundamental. Postulan, en esta línea, que la dictadura militar instalada en 1964 impulsó reformas conocidas como «modernización conservadora», con la intención de aumentar la productividad, aunque sin modificar la estructura de propiedad, promoviendo la colonización de tierras fiscales y abandonadas mediante distintas políticas y programas. Las razones detrás de estas iniciativas fueron variadas e incluyeron desde la intención de bajar la inflación y mitigar los conflictos en la sociedad hasta mejorar el saldo en la balanza comercial. Las medidas también fueron variopintas e integraron desde subsidios a la mecani-

zación, programas de precios mínimos y programas sociales, créditos mixtos, apertura de fronteras y obras de infraestructura hasta la inversión en investigación, cuyo máximo exponente fue la creación de la Empresa Brasileira de Pesquisa Agropecuaria (Embrapa) en 1973.

Si el impulso inicial provino del contexto local, en el libro se reconoce que la crisis del petróleo de la década de 1970 fue una ventana de oportunidad para el agro brasileño, toda vez que los gobiernos apostaron por productos que terminaron insertándose con éxito en las plazas internacionales, como el etanol. Además, este decenio implicó no solo una mayor internacionalización del *agribusiness* del que la producción brasileña no quedó al margen, lo que se reflejó en la expansión sojera, sino también la diversificación hacia actividades forestales, fomentadas tanto por el sector público como privado, que derivaron en una potente industria papelera y en el liderazgo en la producción de celulosa.

Naturalmente, los años ochenta son retratados en el libro como una época de transición, signada por la incertidumbre económica y política que implicaba un cambio de régimen, no exento de problemas comunes a la región latinoamericana, como la recurrente inflación, los desequilibrios en la balanza de pagos, la caída de precios internacionales de los productos exportables y las consecuencias de un brutal endeudamiento.

La década de 1990 generó enormes desafíos. La apertura comercial expuso a la producción agropecuaria a la competencia externa. El apoyo estatal, que

había sido clave en los decenios precedentes, tuvo una caída muy importante, aunque según los autores siguió manteniendo programas, créditos públicos y también operó a través de planes de estabilización. Afectado por las crisis, el sector no solo encontró financiamiento privado y se integró más firmemente a las cadenas globales de valor, sino que halló una demanda creciente, impulsada en especial desde Oriente, que supo aprovechar y que se transformó en un gran motor a la vuelta del siglo. En efecto, Brasil representa la mayor expectativa frente al incremento del consumo por el aumento demográfico y de ingresos en Asia y África. Todo ello se explica por la productividad e incorporación de tierras de bajo valor económico. Según estimaciones de los autores, el crecimiento de la Productividad Total de los Factores entre 1970 y 2017 fue realmente sorprendente, dejando atrás a los países clásicamente asociados al sector.

La pregunta de fondo que Klein y Vidal Luna buscaron responder, y que lo hicieron con un alto nivel de granularidad y evidencia, es por qué le tomó un siglo aproximadamente a Brasil llegar a este lugar. Los autores avalan la hipótesis geográfica. En este sentido, se transformó en un gigante mundial del sector agropecuario cuando se incorporaron tierras de zonas tropicales. La expansión de la frontera, en particular hacia la zona del Cerrado, incentivó las inversiones estatales y privadas, promovió la investigación y el desarrollo de infraestructura, así como las migraciones internas desde el sur, generando serios impactos sobre

su bioma, que Klein y Vidal Luna reconocen.

El libro ofrece un exhaustivo análisis de la evolución de los productos agropecuarios y agroindustriales en Brasil, abordando su historia, origen, actores involucrados, políticas públicas que los estimularon, así como los ciclos y transformaciones que han marcado su desarrollo. La obra destaca la soja como una de las principales protagonistas del proceso de modernización agraria, inicialmente confinada a los estados del sur y posteriormente expandida hacia el centro-oeste, norte y noreste del país. En este proceso, resaltaron la participación de instituciones públicas (como la Embrapa) y las multinacionales del sector, quienes contribuyeron a la creciente productividad y éxito internacional de Brasil, logrando superar obstáculos logísticos y posicionándose como líder mundial en la comercialización de este cultivo. Asimismo, la obra evidencia que otros productos, como el maíz, el ganado bovino, porcino y las aves de corral, también alcanzaron una posición dominante en el mundo. En parte, ello se explica por el impulso estatal a fin de mitigar el desabastecimiento doméstico y para favorecer el abaratamiento de la canasta de consumo y, en parte, por la adopción de modelos de integración vertical en las empresas locales especializadas.

Con una mirada de amplio alcance, el libro muestra que la presencia de ciertos productos que lograron una primacía en los últimos decenios hunde raíces coloniales o postindependientes. El algodón es un caso paradigmático. En su tercer

ciclo, a partir del siglo XXI, reflató por los avances tecnológicos, como la siembra directa y la introducción de semillas genéticamente modificadas, así como por el desplazamiento hacia nuevas regiones productivas. Los otros dos productos clásicos con una historia de larga data son el café y el azúcar. El primero está ampliamente vinculado a la historia agraria brasileña y a su comercio exterior, siendo en la actualidad el segundo producto de exportación detrás del petróleo. El segundo también es legendario, aunque es de destacar que Brasil se convirtió en el principal productor y exportador mundial recién desde mediados del siglo XX. Lo hizo con un mercado local altamente protegido hasta 1990. La protección, que tomó distintas formas, procuró desarrollar el etanol y las refinerías para reemplazar la importación de gasolina, en especial en la década de 1970, cuando los militares la entendieron en términos estratégicos y económicos.

Los autores repasan los dilemas y los problemas que la modernización de la producción agropecuaria, primero, y su internacionalización, luego, han tenido en el caso brasileño. La estructura agropecuaria del país fue cambiante en los últimos cien años. Sobre la base de información censal, el libro muestra la existencia de grandes disparidades regionales no solo en la forma de trabajo sino en el tamaño de las propiedades. Según concluyen, como en el resto de América Latina, predominó la tendencia a concentrar la propiedad y hubo enormes diferencias entre la agricultura comercial y la agricultura familiar.

Asimismo, la obra analiza aspectos que afectan al tipo de artículos ofrecidos. Por un lado, aborda la dificultad de la internacionalización de la producción, como los acuerdos de regulación (por ejemplo, en el café o en el azúcar) o los reclamos ante la Organización Mundial del Comercio por los subsidios norteamericanos (por ejemplo, al algodón). Por el otro, se detiene en la problemática de la sobreproducción en ciertos bienes cuya oferta es variable y la demanda relativamente estable, fenómenos que generan volatilidad en los precios (por ejemplo, el jugo de naranja). Ligado a estas cuestiones, Klein y Luna reconocen que la participación en las cadenas globales de valor tiene efectos ambivalentes sobre el mercado doméstico por las fluctuaciones en el tipo de cambio y en los valores.

Conscientes de la importancia que la cuestión de la sostenibilidad tiene hoy tanto en la agenda pública como en la academia, los autores abordan el asunto en un capítulo enteramente dedicado a la temática. En este sentido, plantean que el Amazonas y el territorio brasileño juegan un rol crucial en el cambio climático al tiempo que tienen una centralidad para la producción mundial de alimentos.

Finalmente, los autores entienden que hay obstáculos que persisten, cuyo derrotero está explicado en cada producto analizado. Ellos denominan «costo Brasil» al grupo de problemas que incluye desequilibrios sociales y regionales, infraestructura insuficiente, un sistema impositivo perverso, bajas tasas de crecimiento en los últimos treinta años y altas

tasas de interés para el financiamiento del sistema productivo.

En síntesis, el libro, cuyo relato está acompañado de tablas, gráficos y mapas que orientan su lectura, constituye un gran aporte para la historiografía internacional interesada en la historia económica latinoamericana en general y brasileña en particular. Pero no solo eso. A mi juicio, y quizás sin proponérselo, la obra contribuye a desentrañar problemas relevantes

para la Economía Política Internacional y, por lo tanto, tiene un público interesado potencialmente más amplio.

Agustina Rayes

0000-0002-5335-0675

Instituto de Investigaciones Políticas,
Universidad Nacional de San Martín-Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina

Martino Lorenzo Fagnani

The Development of Agricultural Science in Northern Italy in the Late Eighteenth and Early Nineteenth Century

Palgrave Macmillan, 2023, 277 pp.

Los paisajes actuales revelan una historia socioambiental profunda que trasciende su dimensión física. Son entidades dinámicas marcadas por las intenciones de diversos agentes, como las comunidades rurales, los agrónomos estatales o las industrias agrícolas. La selección de las plantas para uso agrícola constituye una de las interacciones complejas que han moldeado el paisaje. Desde el siglo XIX, el Estado y las industrias agrícolas promovieron la transformación de prácticas rurales tradicionales hacia modelos industrializados, con el objetivo de aumentar la producción alimentaria. Esta modernización implicó la difusión de tecnologías agrarias, redes de conocimiento y políticas de manejo que, además de modificar el territorio, influyeron en la construcción de identidades locales. En las últimas décadas, se ha con-

solidado la atención hacia los paisajes agrícolas y los agentes culturales, tecnológicos y biológicos que han contribuido y contribuyen a su transformación, degeneración o conservación (Bray *et al.*, 2023; Gomes *et al.*, 2024). La monografía de Martino Lorenzo Fagnani, *The Development of Agricultural Science in Northern Italy in the Late Eighteenth and Early Nineteenth Century*, publicada por Springer en 2023, se inserta en esta literatura reciente sobre los estudios agronómicos. No obstante, su enfoque no se centra en las plantas, ni en el paisaje, sino en el punto de vista de los científicos y de las instituciones interesadas en el desarrollo de la agricultura.

Juan Velarde (2007: 9) escribió que, en los siglos XVIII y XIX, «entre Altas Escuelas, Universidades, Centro de investigación científica, Academias, y Sociedades Científicas, no existen fronteras precisas,

amojonadas al milímetro, sino marcas fronterizas, donde todo esto se entremezcla un tanto». La atención en la agricultura era notable en muchas de esas instituciones. Sin embargo, no siempre esto se consolidaba en cargos o cátedras relacionadas con el estudio de los cultivos: en España, por ejemplo, solo a las sociedades económicas de Valencia, Badajoz, Sevilla, Toledo, Burgos y León se concedió una cátedra de Agricultura (Piqueras, 1992). La investigación de Fagnani se centra justamente en la contribución de científicos y expertos y de los centros de investigación y experimentación a la creación de una ciencia agronómica transnacional. Para hacerlo, acota el estudio a los estados de la Italia septentrional en el paso del antiguo régimen al Reino napoleónico de Italia. Sin embargo, este estudio analiza no solo la historia de las instituciones y de sus protagonistas, sino la transformación epistemológica de la propia ciencia agrícola.

La investigación de Fagnani se ha desarrollado a partir de la Università de Pavia y de la labor del Jardín Botánico de Pavia, al sur de Milán. Sin embargo, el autor consigue ir más allá de ese territorio de partida y analiza las actividades de los otros centros de investigación, no solo universitarios, de otras importantes ciudades del norte de Italia, como Milán, Mantua, Turín, Venecia o Bolonia. El principal aporte de esta monografía no es el mero análisis de cada uno de los centros, sino su capacidad de identificar y destacar las interconexiones orgánicas entre los expertos y académicos del norte de Italia; y entre estos y los de otros territorios, como

los de Nápoles y Sicilia y, sobre todo, los de Francia y España.

El trabajo de Fagnani abarca el desarrollo de la ciencia de la agricultura en los últimos cuarenta años del siglo XVIII y los primeros treinta del siglo XIX. Este lapso temporal permite al autor explorar cómo el estudio de la botánica en Italia ha evolucionado a lo largo de esas décadas, que fueron centrales para la consolidación de la ciencia agronómica, desde los primeros herbarios y jardines botánicos, como los de Padua, liderado por Bayle Barelle y su hibridación experimental, o el de Bolonia, con la indiscutida autoridad de Filippo Re. El libro encuentra sus momentos más inspirados cuando se centra en la institucionalización de la agronomía como disciplina científica a principios del siglo XIX.

La monografía presenta una narrativa coherente y muy detallada de la interacción entre científicos. La gran mayoría de los hombres analizados, que se dedicaron al desarrollo de la agricultura, tenía un bagaje de botánica o geología, como los hermanos Pietro y Giovanni Arduino. El autor muestra cómo todos estos científicos se insertaban en una comunidad científica más amplia, dinámica y hambrienta de interacciones. Caracterizada por su apertura al intercambio, esa comunidad estaba influida por las expediciones científicas y la expansión de los imperios coloniales, que contribuían también a la intensificación del conocimiento botánico. Destaca el papel de Italia como nodo denso de la red de jardines y centro de investigación que pretendían mejorar los cultivos tradicionales, como el trigo. Pero, sobre todo,

querían estudiar, aclimatar e incorporar a la agricultura europea las especies vegetales exóticas.

Fagnani destaca que las instituciones científicas italianas centradas en los estudios agrícolas se fortalecieron durante el dominio napoleónico. Pero no se trató de una mera recepción de las dinámicas ya experimentadas en la Francia revolucionaria. Aunque se puede hablar de una aceleración epistemológica de las sociedades agrícolas y científicas gracias a la regulación napoleónica, es evidente que las instituciones del norte de Italia podían presumir de una importante tradición en la ciencia agrícola ya a comienzos del siglo XIX. Incluso antes de la creación de la República de Italia en 1802 y del proceso de unificación de toda la península, existía ya una idea de red regional de la ciencia agrícola.

En realidad, el autor evidencia la existencia de una red europea de expertos y científicos. La correspondencia, los intercambios de plantas y semillas, la difusión de experimentos y textos, así como las estancias y los viajes de estudios, intervenían en territorios más allá del norte de Italia. Aparte de los intercambios con las instituciones de Roma y del sur de Italia, Francia y España desempeñaron un papel central en esta construcción supranacional de la ciencia agrícola en Italia.

El libro se estructura en torno a cuatro temas principales: las instituciones y las políticas estatales, las redes de conocimiento científicos, la experimentación y la didáctica. El autor evita enfoque cronológicos o territoriales. Prefiere ahon-

dar en los elementos que permitieron la consolidación de la ciencia agronómica en los jardines botánicos y en otros centros universitarios o de investigación. En primer lugar, detalla el paso de la iniciativa privada, que llevó a la colaboración entre empresarios, grandes propietarios y científicos, a las políticas estatales de la época napoleónica. La creciente importancia de las iniciativas gubernamentales favoreció el avance de las sociedades agrarias en el marco de las instituciones universitarias y de las academias de las ciencias. Fagnani destaca cómo algunas instituciones pueden jugar roles alternativos, como en el caso de la Sociedad Agraria de Turín y la Academia de la Ciencia de la misma ciudad. Si esta última representaba los intereses militares de la región, la Sociedad Agraria estaba más bien controlada por propietarios y científicos. Sin embargo, junto con la Universidad, se configuraba un triángulo científico de expertos que se solapaban, entre competición y colaboración, en el mismo territorio. Es solo uno de los numerosos ejemplos que ilustran el creciente interés estatal por las instituciones agrícolas. El capítulo también analiza en profundidad las publicaciones periódicas y monográficas, que seguían los modelos de publicación inglés y, especialmente, el francés. Todas estas publicaciones crearon un corpus de conocimiento tecnocientífico en materia agrícola que demostró la sugestión por el desarrollo y la experimentación. Resulta significativo que botánicos, economistas, ingenieros hidráulicos y hasta propietarios de tierras participaran en esta labor de estudio y divulgación de teorías,

experiencias y curiosidades. El trabajo de estos expertos contribuyó a la definición epistemológica de la ciencia agrícola y a su autonomía como disciplina.

En segundo lugar, el capítulo sobre las redes de conocimiento –probablemente el más logrado– vislumbra la creciente densidad de relaciones entre instituciones y científicos. El análisis pone el foco en el intercambio de saberes y plantas, así como en los esfuerzos de las sociedades patrióticas y de los jardines para la aclimatación de especies alóctonas y de los debates en torno a la coexistencia entre plantas locales y exóticas. Se analizan los expertos más relevantes de la época, como los hermanos Arduino o Giovanni Battista Gagliardo, y sus contactos con los demás expertos europeos. A menudo en el texto aparecen los nombres de figuras relevantes de esas décadas en Francia y España, como los de los jardines botánicos de París o Madrid. Entre otros, cabe destacar la presencia de Antonio José Cavanilles, que mantuvo correspondencia constante con Domenico Nocca y Filippo Re. Fagnani también da cuenta de la frustración que vislumbra en las fuentes por la relación con los agricultores, descritos como reacios a la experimentación y anclados en los cultivos tradicionales. El autor no cuestiona ese tópico.

En tercer lugar, se centra en la propia experimentación, poniendo los ejemplos de algunos cultivos, como cereales, olivos y cacahuetes, describiendo detalladamente los procedimientos, los logros y los fracasos. En este contexto, el ejemplo de otras instituciones, como la academia de

estudios de Palermo, en Sicilia, era fundamental para confirmar la importancia de la aclimatación para el desarrollo de cultivos rentables, como el limón o el azafrán. El interés económico y científico para productos como el azúcar impulsó la creciente importancia de los espacios destinados a los estudios prácticos, como los jardines agrícolas y botánicos, los laboratorios y los campos de experimentación. Esos espacios de experimentación agrícola se conectan directamente con el último capítulo, dedicado a la didáctica, es decir, a la enseñanza de la ciencia agrícola. La creación de programas de estudio científico agrario, de escuelas veterinarias y de cátedras universitarias de agricultura indicaban la definitiva consolidación de la ciencia agrícola y de su profesionalización. Otra vez fue fundamental la confrontación constante con los ejemplos conocidos e imitados de España, Sicilia o Francia. El progresivo desarrollo de la enseñanza agrícola, desde la educación primaria a la universitaria, fue finalmente recogido por el estado italiano en la segunda mitad del siglo XIX.

Los capítulos temáticos tienden a reiterar contenidos y conceptos, lo que en ocasiones genera dudas sobre su diferenciación. Aun así, tienen el mérito de poder leerse como capítulos independientes, si bien interconectados. En todos ellos se muestra una excelente selección y variedad de fuentes primarias y secundarias, que va más allá de los expedientes de las instituciones o de los manuscritos de botánica y agronomía y encuentra su documentación más interesante y fructífera en la corres-

pondencia entre científicos. El uso de esta correspondencia otorga profundidad al estudio, ya que permite reconstruir de forma pormenorizada las redes de intercambio de conocimiento, semillas y muestras entre botánicos y agrónomos europeos. No obstante, el autor no pretende hacer una historia social y cultural de este conocimiento agronómico. Se conforma con cumplir, en muchos apartados, con una historia de la ciencia más descriptiva y vinculada al contenido de las fuentes. El estudio no establece comparaciones con otros grupos profesionales en proceso de consolidación social durante el mismo periodo, como los juristas o los ingenieros. El libro, pues, analiza con éxito la figura del experto en agricultura y de sus redes antes de las reformas de las universidades del antiguo régimen y da cuenta de la futura construcción de la profesión agronómica vinculada con la formación de los estados-nación en Europa occidental. Sin embargo, no plantea una reflexión sobre la construcción de la propia identidad profesional de los agrónomos y de la búsqueda de un estatus social o de conflicto entre diversos expertos (*cf.* Malatesta, 2006). Ni se acerca a las contribuciones de los estudios de género, sobre la masculinización de la figura profesional, o de la historia ambiental, que tiene en cuenta los impactos en la transformación del paisaje agrícola. Estas perspectivas habrían enriquecido el análisis y facilitado la comprensión de las ideas y prácticas de sus protagonistas.

Pese a esto, el despliegue de fuentes e información, detalladas y tratadas de for-

ma rigurosa, hacen de este libro una lectura fundamental para quienes se quieran aproximar a la historia de la ciencia y de la agricultura. Partiendo de un territorio relativamente acotado, algunas ciudades de Italia del Norte, la investigación de Fagnani es en realidad un estudio más ambicioso. Muestra la importancia de las redes transnacionales de conocimiento agrícola y del intercambio de publicaciones y semillas para la construcción epistemológica y la consolidación institucional de una nueva ciencia.

Francesco D'Amato

0000-0002-3302-3853

Universidad Autónoma de Madrid

REFERENCIAS

- BRAY, Francesca, HAHN, Barbara, LOURDUSAMY, John Bosco & SARAIVA, Tiago (2023). *Moving Crops and the Scales of History*. Yale University Press.
- GOMES, Inês, GONZÁLEZ REMUIÑÁN, Alberto & FREIRE, Dulce (2024). Exotic, Traditional and Hybrid Landscapes: The Subtle History of the Iberian Peninsula Maize between "Tradition" and "Modernity". *Plants, People, Planet*, 6(5), 1047-59.
- MALATESTA, Maria (2006). *Professionisti e gentiluomini: storia delle professioni nell'Europa contemporanea*. Einaudi.
- PIQUERAS, Juan (1992). *Sociedades económicas y fomento de la agricultura en España, 1765-1850*. Conselleria d'Agricultura i Pesca.
- VELARDE FUERTES, Juan (2007). Sobre las sociedades científicas españolas. En Juan VELARDE FUERTES (Coord.), *Las sociedades científicas españolas* (pp. 7-16). Instituto de España.

Frederic Aparisi Romero

De l'arada a la ploma. Les elits rurals del País Valencià a l'edat mitjana

Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2025, 334 pp.

Frederic Aparisi culmina con esta obra un conjunto de investigaciones que parten de su tesis doctoral, que se presentó en 2015 y se defendió a comienzos del año siguiente, con el título *Del camp a la ciutat. Les elits rurals valencianes a la Baixa Edat Mitjana*. Esta obra amplía el contenido de la tesis, pero también revisa y actualiza algunas informaciones con el fin de realizar una contribución solvente al ámbito de la historia rural, continuando una tradición historiográfica de medievalistas valencianos que han prestado gran atención al estudio de la economía, la sociedad y la política bajo-medieval.

La obra es una prosopografía sobre las élites rurales, término que, como el mismo autor reconoce, es algo ambiguo, pero con el que se hace referencia a aquellos individuos que sobresalieron en términos económicos, pero también en base a su control político o su contacto con las autoridades señoriales, por encima del resto de miembros de su respectiva comunidad rural. Concretamente, el autor estudia a partir de fuentes fundamentalmente notariales y judiciales las características de las élites que habitaron en las comarcas centrales del reino de Valencia, en la antigua gobernación de Xàtiva, entre el Júcar y Xixona, entre finales del siglo XIV y principios del siglo XVI. Como el título sugiere, *De l'arada a la ploma* reconstru-

ye los principales rasgos de estas élites, poniendo atención sobre los procesos de movilidad social ascendente que llevaron a campesinos o artesanos, entre otros, a entrar en el mundo mercantil, convertirse en notarios, importantes cargos religiosos o incluso ingresar en la nobleza, lo que se tradujo en un control del mercado del crédito, el arrendamiento de las rentas señoriales, el acceso a los cargos de representación locales... En relación con ello, también se muestran las migraciones de estos sujetos hacia el medio urbano, como forma de continuar o concluir estos procesos de ascenso social. El autor analiza las bases económicas de los individuos para mostrar cómo prosperaron en sus negocios, pudieron acceder a la formación superior que los diferenció del resto o participaron en la política local. A su vez, también analiza los perfiles sociales de los individuos implicados, las alianzas que tejieron o las estrategias de reproducción social que llevaron a cabo. Junto a ello, Aparisi complementa tales informaciones con descripciones sobre la cultura material de los hogares de estos individuos, mostrando cómo trataron de distinguirse socialmente del resto de integrantes de la comunidad local, no solo de puertas para adentro, sino también mediante el reparto de prendas de luto a partir de los testamentos o la celebración de determinados rituales funerarios. De esta forma,

el autor estudia estas cuestiones desde el punto de vista de la historia cultural y de las mentalidades. Aunque la mayoría de sujetos incluidos en el estudio eran cristianos, también se incluyen comparaciones entre estos y los pertenecientes a las élites mudéjares.

El libro comienza con un primer capítulo dedicado al estudio de la propiedad agraria de las élites rurales. A partir de padrones de riqueza, fuentes notariales y judiciales, se analiza cómo eran las explotaciones en cuanto a extensión, cultivos, la presencia o no de irrigación, la satisfacción de censos, las formas de gestión de la tierra, las estrategias de transmisión y trabajo de las parcelas... Asimismo, se analizan en detalle los animales que eran propiedad de estos individuos. Por un lado, las cabañas ganaderas que se poseían con una finalidad mercantil y, por otro, los animales que se utilizaban para trabajar las tierras o para el propio consumo. Ello se complementa con un estudio sobre las inversiones que las élites rurales tenían en ámbitos como la pesca o la apicultura. Dichas cuestiones permiten vislumbrar la relación de estos sujetos con el mundo agrario, que en muchos casos les permitió prosperar notablemente desde el punto de vista económico.

A continuación, en los dos siguientes capítulos se analizan algunas de las actividades que caracterizaron a las élites. Entre ellas, el crédito, especialmente referido a los censales, instrumentos de préstamo que se popularizaron en el siglo XIV. El autor estudia quiénes solían prestar, pero también quiénes eran des-

tinatarios de estas sumas, tanto personas privadas como instituciones municipales de carácter público. Además, profundiza en la rentabilidad que estos censales generaron a las personas que cedían el capital, a partir de intereses cobrados de forma regular. Junto a ello, también se examina el arrendamiento de impuestos de términos municipales o señoríos, del cual participaron tanto cristianos como musulmanes. Otra de las dedicaciones que caracterizó a algunos de los miembros de esta élite fue su trabajo como notarios. Así, en el tercer capítulo se estudia el fenómeno del notariado en el ámbito rural. Por ello, se analizan los ingresos que estos profesionales pudieron recibir a partir de la redacción de actas notariales, en función de las tipologías documentales que expidieron. Junto a ello, se estudian otras tareas que llevaron a cabo estos notarios, como trabajar en escribanías de bailías o cortes de justicia locales, así como su labor como procuradores. Finalmente, se explica el proceso de transmisión de los registros notariales entre estos profesionales, en base a la regulación existente en el reino de Valencia, pero también en función de las vicisitudes de cada unidad doméstica.

Los asuntos relacionados con la transmisión de los bienes y los lazos familiares se abordan con más detalle, sin embargo, en el cuarto capítulo. En él se analizan los regímenes matrimoniales –dotal y *germania*– que utilizaron los miembros de las élites rurales, junto con las implicaciones que estos tuvieron, lo que ayuda a entender por qué tendieron a emplearse, en función de las diversas situaciones

familiares. También se describen los niveles económicos perceptibles a partir de los enlaces cuando se entregaba una dote estimada en las monedas de cuenta locales. Igualmente, se describe el contenido del patrimonio aportado en matrimonio, no solo el entregado por las esposas o sus parientes en dote, sino también lo recibido por los maridos en donaciones que constituían un adelanto de los bienes que luego se repartirían en forma de herencia a partir de los testamentos. Junto con las formas de reparto patrimonial, se estudia el tamaño de las unidades domésticas, a partir del número de hijos que los miembros de la élite rural solían tener, pero también en base a la llegada de sirvientes domésticos que actuaban como mano de obra para complementar la economía doméstica, lo que permitía a sus amos exhibir su poderío económico, teniendo en cuenta que cuanto mayor era el número de hijos y sirvientes, mayores eran los gastos en manutención y mantenimiento de la unidad doméstica. Todo ello se acompaña de árboles genealógicos que facilitan notablemente la comprensión sobre los ejemplos concretos que se aportan.

El quinto capítulo aborda otro de los rasgos atribuibles a los miembros de las élites rurales: el control político de la comunidad y la frecuente participación en las asambleas públicas. Así, se analiza la llegada de estas familias a los cargos, pero también la perpetuación de estas en los mismos. Junto a ello, se estudia también el servicio a los señores feudales que controlaban los territorios en los que habitaban estas élites. Además, este es uno

de esos capítulos en los que se añaden comparaciones entre las élites cristianas y musulmanas. En la segunda parte se describen de forma mucho más detallada las formas de promoción social que llevaron a algunos individuos a integrar las élites sociales y que podían producirse a lo largo de una o varias generaciones. Entre ellas, se pone el acento en el servicio religioso y en el acceso al notariado como formas de llevar a cabo dicho ascenso.

El sexto capítulo estudia la cultura material presente en los hogares de los miembros de la élite rural a partir de los detallados inventarios de bienes que en la época realizaban los notarios del reino de Valencia con el fin de garantizar la correcta transmisión patrimonial en determinadas situaciones. Ello permite conocer las pautas de consumo de estos sujetos, sus niveles económicos, la forma de diferenciarse del resto de individuos a partir de los objetos que se compraron y utilizaron, así como el mayor o menor grado de confort y privacidad que se puede vislumbrar a partir de los bienes y de la compartimentación interna de los hogares. Así, se describe con un alto grado de detalle qué objetos se solían encontrar en las casas de las élites rurales de la época, incluyendo dinero, joyas, armas, prendas de vestir, ropa de cama, mantelería, herramientas, reservas de comida, muebles, instrumentos para alumbrar, adornos, imágenes religiosas... Finalmente, se analizan los comportamientos ante la muerte palpables a partir de los testamentos, en los que los prohombres también se proyectaban de cara a la sociedad mediante la elección

de lugares de enterramiento más o menos privilegiados, la celebración de importantes ceremonias de conmemoración del difunto, misas, la fundación de beneficios, la entrega de limosnas...

Finalmente, aunque a lo largo de todo el libro el número de ejemplos sobre familias concretas es amplísimo y la información cualitativa que se aporta es de gran riqueza, en el último capítulo se aborda con mayor grado de detalle la trayectoria a lo largo de generaciones de la familia Matamala, entre mitad del siglo XIV y principios del XVI. Ello permite mostrar con un alto grado de detalle muchas de las cuestiones que se han ido analizando a lo largo de la obra: los procesos de movilidad social, la migración hacia Valencia,

la progresión profesional, el ejercicio de la política, las uniones matrimoniales...

Por todo ello, el libro realiza importantes contribuciones a la historia económica, social, política y cultural del mundo rural bajomedieval. La considerable muestra de fuentes y referencias, junto con una metodología solvente, permiten al autor analizar las cuestiones mencionadas con un alto grado de detalle y trazar trayectorias familiares que le permiten ejemplificar las cuestiones estudiadas con firmeza. En ese sentido, el autor nos brinda una obra que arroja muchas luces sobre el conocimiento de las élites rurales de la época.

Jaime Tortosa Quirós
Universitat de València

Alba Díaz-Geada

Mudar en común: Galiza 1959-1982. Unha análise sociohistórica dos cambios no rural galego

Lugo, Servizo de Publicacións da Deputación Provincial de Lugo, 2024, 580 pp.

M*udar en común: Galiza 1959-1982* es el resultado de la investigación de Alba Díaz-Geada sobre el profundo y complejo proceso de cambio estructural que en esos años experimentó la sociedad rural gallega. Durante el mismo, el desarrollo de un paradigma impulsado por el Estado de acuerdo con un discurso modernizador –materializado en dinámicas de especialización productiva, descenso de la población activa agraria, éxodo rural y un estrago generalizado de conocimientos y prácticas comunitarias seculares– quebró la capa-

cidad reproductiva de la comunidad rural en Galicia. Sin restar importancia a los condicionantes estructurales, las dinámicas capitalistas o el contexto político, la investigación propone un enfoque analítico desde abajo que postula que el proceso de cambio parte del común. Es decir, desde una cultura comunitaria compartida, un conjunto transmitido de elementos colectivos –conocimientos, formas de trabajo, espacios o normas– que conforman el sistema productivo y reproductivo de las comunidades rurales. Estas estaban compuestas por actores con distintas lógi-

cas e identidades que reaccionaron a las políticas económicas y productivas desde la adaptación al conflicto, en ocasiones de forma contradictoria, añadiendo infinitos matices a los tiempos, ritmos y motivaciones de la transformación. La novedad de la investigación radica en la atención preferente a ese común y a las comunidades rurales, protagonistas ignorados en buena medida tanto por los impulsores del paradigma de progreso como por los investigadores que abordaron las transformaciones socioeconómicas en el tardofranquismo y los inicios de la democracia.

La investigación realiza un análisis micro de la comarca de la Mariña lucense que destaca por la cautela en el manejo de un corpus documental inmenso que abarca prensa, estadísticas, archivos personales y públicos desde el nivel municipal al nacional, y que confiere a los registros orales un valor esencial. También por el uso de un lenguaje neutral que evita generalizaciones y juicios basados en la aplicación de conceptos que implican ciertos prejuicios –como atraso, progreso o modernización– para mostrarnos el cambio desde la centralidad de los protagonistas comunitarios y los espacios de intervención en toda su heterogeneidad.

El análisis de esa transformación estructural se afronta desde distintos niveles –las políticas agrarias, las transformaciones productivas domésticas, el éxodo rural, la valoración sociocultural del cambio o el conflicto organizado–. Aunque a cada uno de estos aspectos le corresponde un capítulo de la obra, las referencias cruzadas son frecuentes para

explicar numerosos matices desde distintos espacios. El cambio en el rural y sus interpretaciones desde la intelectualidad gallega constituyen el marco teórico de la investigación, completado hábilmente con la explicación de algunos conceptos esenciales –campesinado y comunidad como sujetos, la dualidad rural *vs.* urbano o el carácter de simbiosis y pluriactividad de la agricultura gallega–.

El capítulo I estudia la impronta de las políticas agrarias sobre las comunidades rurales en territorio gallego, llamado a ser proveedor de productos ganaderos y forestales. El cambio de rumbo a finales de los cincuenta perseguía el aumento de la productividad sobre la base de la mejora técnica, lo que convirtió a la agricultura y al campesino entendido como empresario en objetos de reforma. A las políticas previas de colonización y repoblación se unieron dos herramientas esenciales, los servicios de Concentración Parcelaria y de Extensión Agraria. Ambos resultan centrales en esta investigación por tratarse de instrumentos que ayudan a explicar la mudanza social, si bien el estudio se preocupa especialmente por los técnicos que la promovieron activamente. La Concentración interesa porque, bajo un discurso de aparente racionalización del cosmos minifundista gallego, el proceso afectó a la organización de la base territorial y por consiguiente del sistema productivo, que debía pasar a regirse por principios productivistas. En cuanto a la Extensión Agraria, el énfasis recae en analizar su evolución desde unas ideas primigenias de transferencia tecnológica hacia un

paradigma más consciente socialmente. También en la inquietud social de los técnicos al trabajar con las comunidades, los jóvenes y las mujeres –la perspectiva de género es un enfoque central a lo largo de toda la obra–, para explicar la diversidad de estrategias y de objetivos cumplidos.

El capítulo II aborda el proceso de cambio del rural desde la óptica de las transformaciones productivas que afectan a la explotación familiar. Simplificando, desde la óptica de la cultura comunitaria, el cambio es tan fácil de comprender como complejo de analizar: las transformaciones que atentaban contra esa cultura generaban resistencia, pero las percibidas como ventajosas se adaptaban desde el propio conocimiento común. Poniendo el foco en algunos aspectos concretos –Concentración Parcelaria, cambios en el uso del suelo, especialización lechera, tractorización, trabajo colectivo y mudanzas dentro del hogar– el análisis se estructura para todos ellos de forma similar: tras una aproximación historiográfica al fenómeno en cuestión se ofrece una explicación del proceso donde prima la centralidad del común. Es decir, un estudio que aborda la respuesta comunitaria desde su propia racionalidad y conocimiento internos, con un énfasis especial en la lógica de la explotación familiar. De este modo, a la par de las grandes explicaciones económicas para dilucidar estos procesos –políticas económicas, actuaciones institucionales, subvenciones y ayudas–, esta investigación revela la importancia de la estrategia familiar para comprender dichos cambios. Esta sería de tipo adaptativo, con vistas

a optimizar los recursos disponibles y a satisfacer las necesidades de la casa, en lugar de perseguir una maximización de beneficios. En función de las posibilidades del momento, las estrategias –y por tanto las respuestas a los factores externos– cambiaban para favorecer la readaptación de la explotación. Un razonamiento que confiere un elevado grado de dinamismo a los protagonistas y a sus lógicas.

El capítulo III se centra en el éxodo rural partiendo de un conciso análisis demográfico para el territorio gallego a distintos niveles, lo que da pie a concluir la heterogeneidad territorial del proceso. El abordaje de diversos estudios e interpretaciones coetáneas al fenómeno –a menudo fatalistas– asientan el punto de partida, pero la investigación va de nuevo un paso más allá en la búsqueda de una explicación desde la vertiente social y el enfoque de las familias y comunidades rurales locales. Observamos que el éxodo no puede separarse de la reestructuración del sistema productivo y que algunas nociones preconcebidas pueden matizarse de acuerdo con el contexto histórico rural gallego. Por ejemplo, la idea del exceso de población agraria resulta válida solo relativamente cuando se asume un modelo industrial donde el campo suministra mano de obra. La necesidad sería también relativa porque el concepto no permite explicar por qué no todo el rural emigraba por igual. En su lugar, el estudio pone el peso en otros factores explicativos como la capacidad de poder emigrar, la inserción en redes que lo permitieran o el deseo de mejora económica. Así, estos

movimientos de población vendrían determinados por los recursos de cada casa y las posibilidades del momento. Sin embargo, en aquellos años, la percepción de la mejora social habría estado cada vez más marcada por la subordinación de lo rural a lo urbano. La salida de población rural se explicaría también por las dificultades de reproducción de la comunidad, si bien el fenómeno de los retornados –también analizados– no resolvería el problema, ya que, debido a la pérdida de valor del común, quienes volvían buscaban soluciones en nuevos entornos.

El capítulo IV introduce el factor cultural del desprecio como un aspecto que crea fricción entre las esferas urbana y rural en un marco de transformación de los criterios de diferenciación social tras el abandono progresivo desde finales de los cincuenta de una retórica de ensalzamiento del campesinado como referente identitario. Al ahondar en la cuestión del desprecio hacia la ruralidad y la comunidad rural gallegas se entiende mejor su aislamiento y la existencia de una distinción, cada vez más profunda en las décadas estudiadas, entre los universos campo-ciudad. Ese desdén estaba presente en el paradigma oficial de modernización, que promovía ciertos trazos rurales y censuraba otros. La especialización de la explotación o la promoción en el sistema educativo oficial fueron en estos años importantes mecanismos de ascenso social y cultural. Sin embargo, esa misma educación despreciaba y no tenía en cuenta los valores o el conocimiento rurales. La lengua es otro aspecto en el que se señala la existencia

de dichos comportamientos despreciativos, ya que castellano y gallego pasaron a constituir un claro marcador diferencial en la dinámica urbano-rural que funcionaba de acuerdo con criterios diglósicos. Estas dinámicas ayudaron a configurar identidades, que son un requisito imprescindible para la aparición de las resistencias analizadas en el último capítulo.

El capítulo V constituye la segunda parte de la obra y se preocupa del estudio del cambio atendiendo al conflicto. El análisis conforma una aproximación a la movilización social desde abajo frente a algunas de las políticas y proyectos del estado en los años de transición desde el tardofranquismo a la democracia. Descartando la idea tradicional de la comunidad rural como sujeto apolítico, la investigación apuesta por una definición amplia de la política para abarcar la gestión del conjunto de los recursos comunitarios. El contexto de un rural en cambio incluye la presentación de nuevos actores que actuaron ya en la clandestinidad, como los partidos nacionalistas y los sindicatos, cuya geografía de apoyos guardó frecuentemente directa relación con la distribución de la conflictividad.

Se constata la combinación de formas de resistencia con una prolongada tradición histórica con otras originales, en un juego de permanencias y novedades que demuestra la capacidad adaptativa de las comunidades para proteger sus intereses. Así, en el contexto de la oposición al pago de la cuota de la Mutualidad Nacional de Previsión Agraria, las tractoradas convivieron con otras actuaciones que pueden

ser leídas en clave de armas del débil y que recuerdan a la contestación fiscal en los sistemas impositivos antiguos (Comín, 2018). Otros conflictos abordados son los derivados de la propiedad de los montes vecinales y la repoblación forestal –donde la lógica comunitaria aplicada a estos espacios chocaba con aquella que el estado quería asignarles– o las reivindicaciones de precios agrarios justos en un contexto de cambio acelerado y de progresiva orientación al mercado por parte de muchas explotaciones. El capítulo también aborda dos importantes conflictos a nivel local y regional: la resistencia a la construcción de la central nuclear en el municipio de Xove, finalmente cancelada, y las protestas derivadas de la implantación de la planta de aluminio en Cervo. La investigación, que desciende al nivel intraparroquial, ayuda a comprender las actuaciones de los agentes implicados –empresas, autoridades, sindicatos, partidos o comunidades–, con especial atención a los repertorios y motivaciones de los vecinos a la hora de organizarse o evitar participar en los actos de resistencia. Una vez más, los principios del común se observan también aquí, en detalles como la afiliación sindical de tipo vecinal para el desarrollo de una defensa de los recursos propios y de las posibilidades de reproducción familiar, conservadora pero actualizada en formas y participantes. El capítulo concluye con un detallado análisis de las primeras elecciones municipales en democracia y una reflexión sobre el rédito político obtenido por las fuerzas políticas

y sindicales implicadas en los conflictos analizados.

Nos encontramos ante una obra que permite ver que más allá de las políticas y medidas generales existen unos protagonistas en absoluto desprovistos de recursos. Ante la imposición de un paradigma económico modernizador presentado como inevitable, comunidades rurales y familias respondieron de forma tan heterogénea como lo era su propia composición. Lo hicieron echando mano de sus conocimientos, maneras, prácticas y normas, alterándose en el proceso tanto dichos recursos como la estructura de las propias comunidades, incapaces de reproducirse al final de la transformación. Un proceso que se filtró a través de los límites de poderes y modelos dominantes que había recibido escasa atención. Así, *Mudar en común* no es una crónica sobre la extinción de la comunidad rural en la Galicia contemporánea, sino una investigación rigurosa que ayuda a comprender mejor la metamorfosis social que condujo a ese punto final.

Alberto González Remuiñán

0000-0001-6837-6651

Universidade de Santiago de Compostela

REFERENCIAS

- COMÍN, Francisco (2018). La corrupción permanente: el fraude fiscal en España. *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea*, 16, 481-521.

Iñaki Iriarte-Goñi & Juan Infante-Amate (coords.)

Impactos ambientales del crecimiento económico en España. Una perspectiva histórica

Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2024, 312 pp.

¿Es útil para los debates del presente una historiografía económica separada de la ambiental? ¿Acaso el crecimiento económico no descansa en una base material que le permite extraer riqueza a costa de unos impactos socioecológicos? Como plantea Hornborg (2012: 1-5), la visión dominante del pensamiento economicista sigue enfocada en los beneficios monetarios del mercado, a lo que se llama eufemísticamente crecimiento económico, dejando de lado las consecuencias materiales injustas de este en términos ecológicos, humanos y de distribución de tecnologías. Marx (1867/1990: 463) ya planteaba que «la producción capitalista acumula, de una parte, la fuerza motriz histórica de la sociedad y, de otra, perturba el intercambio orgánico entre el ser humano y la tierra, es decir, el retorno al suelo de los componentes consumidos por el hombre», donde cualquier progreso que mejore su productividad, a largo plazo termina degradando su fertilidad. Esa dimensión coevolutiva de la sociedad-naturaleza no ha sido considerada en las narrativas predominantes de crecimiento económico. Construir un relato alternativo, en aras de identificar los procesos históricos que nos han traído hasta la actual crisis civilizatoria, requiere de una apuesta transdisciplinar que supere los compartimentos estancos de las disciplinas de las ciencias naturales/de la tierra

y las de las ciencias sociales/humanidades. A ello contribuyen las denominadas ciencias de la sustentabilidad, en las que la historia acompañada del prisma ecológico ha dado el giro ambiental para situar la naturaleza dentro del discurso histórico y brindar una adecuada genealogía del presente (González de Molina & Toledo, 2011:47). El libro objeto de la presente reseña trae esa señal de identidad, tanto en la introducción y epílogo de los coordinadores como en los 10 capítulos de diversas autorías organizados en tres bloques temáticos complementarios: agricultura, territorio y agua; energía, minería, industria y empresas; emisiones y toxicidad. Es un texto de los imprescindibles, que brinda unas primeras respuestas sólidas a las preguntas existenciales arriba planteadas, las cuales contribuyen a dar una base científica para la necesaria y urgente transición socio-ecológica justa hacia la sustentabilidad.

Partiendo del enfoque del metabolismo social, el cual concibe el intercambio de materiales, energía e información que una sociedad tiene con la naturaleza en el tiempo, a partir del entendimiento de cinco procesos fundamentales –apropiación, transformación, circulación, consumo, excreción– (González de Molina & Toledo, 2011:64-68), es posible tener una visión integral de la coevolución que la sociedad española ha tenido con su base

material. El compendio es un diálogo de saberes desde diferentes disciplinas y metodologías, que siendo diversas son también complementarias. A lo largo de los capítulos hay una interrelación que hace en su conjunto una narrativa consistente que se sintetiza magistralmente en el epílogo a partir de la mirada del metabolismo social. La evolución histórica de los impactos socioecológicos asociados a los cambios de fuentes de energía, de usos y coberturas del suelo, la ciencia y el uso de tecnologías, de legislación, de los sectores productivos, de la influencia de los mercados, entre otros, no pueden medirse solo desde una óptica economicista. Hay que ir más allá e interrelacionar el crecimiento económico con su base material, sus impactos ambientales y sus retroalimentaciones a lo largo del tiempo. Por ello, este libro contribuye a la apuesta por una historiografía radical, que vaya a la raíz de los problemas fundamentales de nuestra sociedad asumiéndonos como parte de la naturaleza.

De acuerdo con esa lectura histórica ambiental del crecimiento económico, España transitó de una estructura socioeconómica adaptada y acoplada a su base territorial con fuentes energéticas predominantemente orgánicas (biomasa en forma de alimentos, leña o madera, tracción animal, fuerza de trabajo humana, aceites y carbón de origen vegetal, norias, molinos de viento) a otra desacoplada y altamente dependiente de flujos de energía y materiales basados en combustibles fósiles, y muy mediada por una inserción plena en los mercados capitalistas glo-

bales. Una transición de prácticamente un siglo (~1850~1950), de una economía con la predominancia de una agricultura campesina que integraba gestión agropecuaria y forestal adaptada a sus limitaciones hidroclimáticas y biogeográficas con ciertos impactos ambientales (deforestación, algunas emisiones de gases de efecto invernadero – GEI), a otra con enclaves mineros estratégicos, la generalización del uso directo e indirecto de la energía fósil, el desembarco pleno de la revolución verde en el campo, el proceso acelerado de crecimiento de la industria y los núcleos urbanos, así como una tendencia a la especialización en el sector servicios, principalmente en el turismo masivo. Tras la transición política y la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea, se introdujeron aspectos propios de la deriva ecomodernista, como la transición energética con una expansión de las energías renovables, o ciertos avances en políticas para la protección/mejora de la salud de los ecosistemas y de la población. No obstante, persisten graves problemas socioecológicos asociados al metabolismo industrial: contaminación (agua, suelo, aire), aumento de erosión y emisiones de GEI antropogénicos, escasez estructural de agua, pérdida de biodiversidad, degradación de ecosistemas, pérdida de renta neta, precarización laboral, despoblación rural y desagrarización, entre otras. A estos se añaden nuevas tensiones derivadas de la propia transición energética (fragmentación de paisajes, ocupación de tierras fértiles, tecnologías con elevados impactos ambientales en otros

países). Aunque puede hablarse de una mejora relativa de la reducción de impactos ambientales en las últimas décadas, esto se ha apoyado en su externalización hacia otros territorios mediante el comercio internacional.

Los distintos sectores estratégicos de la economía española han seguido trayectorias no lineales pero interdependientes, marco en el que se entrelazan los capítulos analizados del libro. González de Molina ofrece una reinterpretación biofísica de la historia de la agricultura. Sintetiza décadas de investigación transdisciplinar desde el metabolismo social agrario, integrando bases agroecológicas con un enfoque bioeconómico de flujos-fondos. Esta perspectiva permite analizar procesos históricos clave como la reposición de nutrientes, las tasas de retorno energético y el costo territorial de la sustentabilidad. Gracias a sus resultados se pueden comprender más adecuadamente la expansión agrícola del siglo XIX mediada por las características hidroclimáticas y de producción primaria neta que marcaron las vías de roturación de nuevas tierras, la intensificación productiva y la composición de la cabaña ganadera; la crisis agraria finisecular y la vía de superación a partir de la incorporación de fertilizantes químicos; la transición hacia una agricultura industrial dependiente de insumos externos, altamente contaminante, motor de pérdida de biodiversidad y de renta agraria, así como de desagrarización. En línea con el anterior enfoque, Iriarte-Goñi profundiza en la coevolución histórica de los espacios forestales y los agroecosistemas. Exami-

na los cambios biofísicos, paisajísticos y funcionales de los montes, identificando cuatro grandes periodos vinculados a regímenes de tenencia y gestión, los cuales estuvieron correlacionados con la evolución de la agricultura y las necesidades de leña, madera, corcho y resina para otros sectores y mercados. Con la industrialización operaron varios cambios (reducción en la extracción de leña, repoblaciones con especies forestales de crecimiento rápido, o espontáneas por abandono, desagrarización) que alteraron la biodiversidad, incrementaron la biomasa no gestionada y agravaron plagas e incendios, configurando los actuales desafíos ambientales de los montes españoles. Serrano *et al.* analizan la apropiación histórica de los recursos hídricos entre 1860 y comienzos del siglo XXI. El estudio vincula la expansión del regadío con las transiciones agrarias y la política hidráulica basada en el incremento de la oferta vía embalses y la explotación de acuíferos, la cual transita tímidamente a otra basada en la demanda con políticas de modernización del regadío. Mediante análisis de descomposición, los autores muestran los factores explicativos de las tendencias de consumo de agua de lluvia y regadío, mediadas por la primera globalización, la revolución verde y la orientación agroexportadora posterior. Esta última ha sido motor de la paradoja de especialización hacia cultivos hortofrutícolas producidos en regiones semiáridas. Por ello, el agua de regadío pasó de ser el 5% del total de agua consumida en 1860 al 30% al inicio del siglo XXI, lo cual ha profundizado el deterioro de los sistemas

hídricos tanto en cantidad como en calidad. Por su parte, Jover *et al.* analizan la transición sociometabólica de largo plazo (1521-2022) en Mallorca y el municipio de Manacor. Los autores reconstruyen las transformaciones territoriales condicionadas por la biofísica insular, la tenencia de la tierra y la expansión del capitalismo. El estudio revela un modelo dual persistente entre latifundio agroexportador (con impactos severos en la calidad y cantidad del agua desde la década de 1930) y una agricultura familiar agrosilvopastoril (que ha sido clave para la conservación de biodiversidad). Frente a la industrialización agraria y la especialización turística, su estudio muestra cómo los policultivos tradicionales han demostrado resiliencia, lo cual puede haber facilitado la expansión de la agricultura ecológica desde 1995.

Muñoz-Delgado y Rubio-Varas reconstruyen la transición energética entre 1850 y 2019. Muestran el paso de un uso de fuentes primarias orgánicas, que se ha mantenido más o menos estable a lo largo del tiempo, al incremento exponencial en el uso de fuentes fósiles, primero por el carbón y, después de mediados del siglo xx, principalmente por el petróleo. Las crisis petroleras de los años 70 revelaron la vulnerabilidad del sistema e impulsaron la diversificación de fuentes (gas, nuclear y renovables) así como de proveedores, lo cual sumado a su propuesta de indicadores de la factura energética, permite evaluar la seguridad del suministro. A partir de sus resultados, es de destacar que en el metabolismo industrial el consumo energético se disparó por 10, mientras las emisiones

directas de CO₂ asociadas se multiplicaron por 20, y que mientras a partir de los años 60 la producción termoeléctrica se multiplicó por 12, su consumo de agua se multiplicó por 16. En línea con lo anterior, el estudio pionero de Sanjuán *et al.* aporta evidencia sobre la evolución productiva industrial entre 1959 y 2007 (en términos físicos y de valor añadido) y emisiones de CO₂ asociadas, desagregada para los sectores extractivo, manufacturero y energético. Los resultados muestran un desacoplamiento relativo: la producción física se multiplicó por 23, el valor añadido por 9 y el consumo de energía por 4, distinguiendo tres etapas: (i) 1959-1980, con crecimiento sostenido en el que se pasó del 16 al 39% del total de materiales procesados, hubo un crecimiento del consumo energético y aumento de emisiones de CO₂ lo cual se explica por la ausencia de innovación tecnológica y un mix energético basado en energías fósiles; (ii) 1981-1993, marcada por los efectos de las crisis del petróleo y la reconversión industrial, un estancamiento productivo, pérdida de valor añadido y reducción de emisiones; y (iii) 1994-2007, con crecimiento sostenido, cambios estructurales con mayor eficiencia energética y diversificación de fuentes, que reducen parcialmente consumo y emisiones unitarias pero no las emisiones totales.

Pérez-Cebada examina el «despegue» minero español del siglo xix, destacando el papel de los mercados internacionales y del cambio normativo iniciado en 1825, mostrando la transición desde una legislación temprana orientada a indemnizar

daños ambientales hacia un marco liberal que priorizó la iniciativa empresarial, facilitando la explotación intensiva de minerales estratégicos para la provisión mundial. A través de estudios de caso, y una mirada desde la ecología política, el autor evidencia la coevolución entre transición energética, innovación tecnológica y escalada de conflictos. El discurso empresarial, centrado en soluciones técnicas a la contaminación, contrastó con graves impactos sobre la salud de trabajadores y pueblos del entorno, los ecosistemas acuáticos y una persistente conflictividad social con diferentes lenguajes de valoración. Enlazando con lo anterior, Garrués-Irurzun y Rubio ofrecen un estado de la cuestión sobre la historia empresarial y el medioambiente, destacando su carácter aún incipiente, con aportaciones concentradas en las últimas dos décadas y principalmente en el norte global. Lo anterior contrasta con el papel central de las empresas como agentes históricos de degradación ambiental y emisiones de GEI desde la Revolución Industrial y las dinámicas globalizadoras. Los autores identifican tres líneas de investigación: (i) estrategias empresariales y regulación ambiental frente a los daños emergentes, subrayando el poder empresarial para influir en dichas regulaciones o la adaptación organizativa para cumplirlas, estando aún pendiente por reconstruir las responsabilidades históricas en pasivos ambientales; (ii) el corporativismo ambientalista emergente desde los años ochenta para posicionar sus marcas yendo más allá de la legislación; y (iii) el surgimiento de empresas y nego-

cios «verdes» vinculados al discurso de la sostenibilidad. Guillem-Llobat examina las controversias de fines del siglo XIX y comienzos del XX sobre la toxicidad de la sacarina (promovida por la industria azucarera), el ácido cianhídrico (utilizado como plaguicida) y los humos de Huelva (generados por minería de cobre). Su análisis evidencia las interacciones opacas entre políticas, expertos y empresas, en que las regulaciones respondían a intereses económicos, incluso desestimando evidencia internacional disponible, y que la evaluación del riesgo laboral y sanitario se relativizaba pese a accidentes y muertes documentadas, priorizando eficacia y costes sobre efectos en la salud. Casos como la fijación de umbrales permisivos que generaron «envenenamientos legales» son testimonio de ello. Tras la Segunda Guerra Mundial, la regulación por umbrales se consolidó como paradigma, aspecto histórico aún por profundizar.

Infante-Amate y Aguilera presentan un estudio pionero sobre la evolución de las emisiones de GEI asociadas al crecimiento económico en España entre 1860 y 2017 incorporando diferentes orígenes. Sus resultados muestran que las emisiones se multiplicaron por nueve, con contribuciones diferenciadas según períodos y actividades. En el conjunto del período se observa un desacoplamiento relativo, explicado por mejoras tecnológicas, cambios estructurales en la economía y una progresiva transición energética; sin embargo, las emisiones totales han crecido y solo disminuyeron en fases de fuerte contracción económica. El análisis

sis identifica varios períodos históricos coincidentes con las dinámicas socioecológicas identificadas también en los otros capítulos (1860-1896;1896-1935;1936-1950;1950-2007;2008-2017), destacando una aceleración sostenida de las emisiones desde mediados del siglo xx, impulsada principalmente por la generalización del petróleo, pese a reducciones en la intensidad de carbono. Sus evidencias cuestionan la viabilidad del «crecimiento verde», señalando que solo una revolución productiva permitiría compatibilizar crecimiento económico y reducción sostenida de emisiones.

En conclusión, el texto bajo reseña se desmarca de las narrativas economicistas tradicionales y no solo brinda un relato integral sobre las implicaciones socioecológicas del crecimiento económico capitalista español, sino que además deja un camino abierto para que las nuevas generaciones puedan profundizar en un enfoque transdisciplinar en el cual la historia económica no vuelva a estar desligada de la ambiental, así como tampoco la economía ecológica de la ecología política. En

definitiva, traza el camino sobre la necesidad de marcos conceptuales y metodológicos que integren las bases materiales y no materiales de la coevolución histórica sociedad-naturaleza. Una historia no solo para interpretar el pasado, sino también para transformar el presente y sentar las bases de un futuro sustentable con justicia social y ambiental.

Sergio Salazar-Galán

0000-0003-2463-1790

Laboratorio de Historia de los Agroecosistemas,
Universidad Pablo de Olavide

REFERENCIAS

- GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel & TOLEDO, Víctor M. (2011). *Metabolismos, naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*. Icaria Editorial.
- HORNBERG, Alf (2012). *Global ecology and unequal exchange: fetishism in a zero-sum world*. Routledge.
- MARX, Karl (1990). *El capital: Crítica de la economía política. Proceso de producción del capital*. Editorial Progreso. (Original publicado en 1867)

